

PATHOS, VIOLENCIA E IMAGINARIO DEMOCRÁTICO EN VENEZUELA

María Fernanda Madriz

Universidad Central de Venezuela

RESUMEN

La violencia ha colonizado el actual proceso histórico venezolano, y ha pervertido casi todas las relaciones que regulan el ejercicio público del poder. Diversas instituciones (políticas, sociales, educativas, entre otras) recurren, en mayor o menor grado, a la violencia cuando se trata de disputar la hegemonía en el imaginario social y político del país. A partir del marco transdisciplinar del análisis crítico del discurso (Fairclough, 2003; van Dijk, 2003; Bolívar, 2005), se discuten los antecedentes de la situación actual en Venezuela y se revisa el proceso histórico de surgimiento del imaginario democrático venezolano (1936-1948), a fin de evidenciar cómo la violencia articuló ese proceso, y se convirtió en un pernicioso y rutinario constituyente de la experiencia democrática nacional. Por tanto, se analiza el llamado *trienio adeco* (1945-1948) en la persona de su más destacado representante, Rómulo Betancourt, así como las estrategias fácticas y de discurso a través de las cuales el Estado, los líderes, los partidos y la población en general coadyuvaron –por acción, sumisión u omisión– a que los eventos históricos marcados por la violencia se consumaran.

Palabras clave: violencia, discurso político, imaginario social, hegemonía, Rómulo Betancourt.

ABSTRACT

PATHOS, VIOLENCE AND DEMOCRATIC IMAGINARY IN VENEZUELA

Violence has colonized the current Venezuelan historical process and has corrupted almost all the relations that regulate the public exercise of power. Several institutions (political, social and educational, among others) resort to violence, in a greater or lesser degree, when it is a question of hegemony in the social and political imaginary of the country. From the transdisciplinary framework of critical discourse analysis (Fairclough, 2003; van Dijk, 2003; Bolívar, 2005), I discuss the background of the current situation in Venezuela and review the historic process of the rise of the Venezuelan democratic imaginary (1936-1948), in order to show how violence articulated that process and became a harmful and everyday constituent of the national democratic experience. For that purpose, I analyze the so-called *trienio adeco* 'three years of Acción Democrática' (1945-1948), through the person of its most distinguished representative, Rómulo Betancourt, as well as the factive strategies and discourse through which the State, leaders, parties and population in general contributed –by action, submission or omission– to these historical and violent events.

Key words: violence, political discourse, social imaginary, hegemony, Rómulo Betancourt.

RÉSUMÉ

PATHOS, VIOLENCE ET IMAGINAIRE DÉMOCRATIQUE AU VENEZUELA

La violence a colonisé le processus historique vénézuélien actuel, et a perverti presque toutes les relations qui règlent l'exercice public du pouvoir. Diverses institutions (politiques, sociales, éducatives, entre autres) ont recours, dans différents degrés, à la violence quand il s'agit de se disputer l'hégémonie dans l'imaginaire social et politique du pays. A partir du cadre transdisciplinaire de l'analyse critique du discours (Fairclough, 2003; van Dijk, 2003; Bolívar, 2005), l'on présente dans cet article les antécédents de la situation actuelle au Venezuela et l'on fait une révision du processus historique d'émergence de l'imaginaire démocratique vénézuélien (1936-1948), dans le but de mettre en évidence la façon dont la violence a articulé ce processus et comment celui-ci est devenu un pernicieux et quotidien élément constitutif de l'expérience démocratique nationale. On analyse donc le *triennat adeco* (1945-1948) et son principal représentant, Rómulo Betancourt. On étudie également les stratégies factives et discursives à travers lesquelles l'État, les leaders, les partis et le peuple en général, ont contribué –**par action, soumission ou omission**– à ce que les événements historiques teints de violence aient lieu.

Mots-clé: violence, discours politique, imaginaire social, hégémonie, Rómulo Betancourt.

RESUMO

PATHOS, VIOLÊNCIA E IMAGINÁRIO DEMOCRÁTICO NA VENEZUELA

A violência tem colonizado o atual processo histórico venezuelano, e tem pervertido quase todas as relações que regulam o exercício público do poder. Diversas instituições (políticas, sociais, educativas, entre outras) recorrem, em maior ou menor grau, à violência no que diz respeito à disputa da hegemonia no imaginário social e político do país. A partir do marco trans-disciplinar da análise crítica do discurso (Fairclough, 2003; van Dijk, 2003; Bolívar, 2005), neste artigo debatem-se os antecedentes da situação atual na Venezuela e revisa-se o processo histórico de surgimento do imaginário democrático venezuelano (1936-1948), com o propósito de evidenciar como a violência articulou esse processo, e se tornou um pernicioso e rotineiro constituinte da experiência democrática nacional. Por tanto, analisa-se o chamado *triênio adeco* (1945-1948) na pessoa de seu representante mais distinguido, Rómulo Betancourt, assim como as estratégias fáticas e de discurso através das quais o Estado, os líderes, os partidos e a população em geral coadjuvaram –**por ação, submissão ou omissão**– a que os eventos históricos marcados pela violência conseguiram ser consumados.

Palavras chave: violência, discurso político, imaginário social, hegemonia, Rómulo Betancourt.

I. INTRODUCCIÓN

27 de febrero de 1989. Enciende uno el televisor y no halla qué hacer con lo que mira. Un hombre lleva al hombro una res en canal, avanza cuatro cuadras, y la trueca al compadre por un colchón King Beauty Rest y una computadora. Una mujer arrastra un refrigerador de doble puerta, y cuatro niños se reparten los Nintendo sustraídos del negocio en la esquina.

Las calles terrosas de los barrios caraqueños semejaban entonces las aceras del Hong Kong de hoy, con sus basureros residenciales abarrotados de televisores de cuarenta y dos pulgadas, vueltos tempranamente chatarra debido a la fatal obsolescencia tecnológica.

También en Caracas, fuera de los ranchos, como basura, quedó gran parte de la mercancía en aquel febrero de 1989. Las personas saquearon desde el desencanto, en la ilusión y la necesidad voraz, olvidando lo estrechas que eran las puertas y ventanas de sus hogares. A la postre, no hubo por dónde introducir el colchón King Beauty Rest, ni corriente de doscientos veinte para conectar el refrigerador.

Hizo falta mucho plomo para que la gente regresara a sus vidas. Fue en sangre, y no en especies, como las personas pagaron al Estado los saqueos. Hizo falta también mucho discurso. Medios de comunicación, políticos e intelectuales, que entonces expresaron su alarma y advirtieron sobre la severa erosión del sistema democrático venezolano, en tantas ocasiones, como si no formasen parte de quienes requerían del alerta.

La madrugada del 04 de febrero de 1992 me sorprendió como a tantos venezolanos: durmiendo, y sin recursos para explicar. “Golpe de Estado” era cualquier cosa menos algo que podía ocurrir a dos cuadras de mi balcón.

En aquella incierta coyuntura, los actos de discurso de sus protagonistas¹ tuvieron un impacto relevante sobre sus propios destinos y el de quienes los escucharon a través de la radio o la televisión. Merced a su verbo, esos hombres eligieron enterrar a unos, y resucitar o glorificar a otros.

Ocho años después, en febrero de 1999, el otrora comandante insurrecto, Hugo Chávez Frías, decretó la muerte de la Cuarta y el nacimiento de la

¹ El entonces presidente de la República, ciudadano Carlos Andrés Pérez; el líder de la insurrección militar, teniente coronel Hugo Chávez Frías; el senador vitalicio, doctor Rafael Caldera; el dirigente del partido Copei, doctor Eduardo Fernández; los parlamentarios David Morales Bello y Aristóbulo Istúriz.

Quinta República al asumir la primera magistratura, luego de obtener el 56,2% de los votos en las elecciones presidenciales. Fue relegitimado en el cargo en el año 2000, ratificado en un referéndum revocatorio en 2004, y reelecto en 2006 con el 62,9% de los escrutinios.

En esos nueve años, los venezolanos hemos sido arte y parte, hablantes y escuchas, en un proceso histórico complejo donde el discurso político y mediático ha adquirido una preeminencia inusitada.

Es obvio que los eventos vividos en Venezuela a partir de febrero de 1989 no pueden explicarse como mera consecuencia de lo dicho desde entonces por sus gestores; pero es obvio que la relevancia alcanzada por el discurso en todo lo ocurrido exige repensar con detenimiento las prácticas discursivas públicas y sus lazos con otras dimensiones de la experiencia social.

Buscando hallar sentido a estas interrogantes, el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (Ininco) junto al Instituto de Filosofía y el Área de Lingüística de la Universidad Central de Venezuela (UCV), abrieron un seminario de investigación que dio anclaje a una serie de proyectos interesados en la rueca que engrana el discurso al poder y, a partir de allí, en el imaginario social tal como este ha sido descrito por Cornelius Castoriadis (1989); por la corriente de pensamiento que fluye desde Antonio Gramsci ([1975] 1984) hasta los enfoques que hoy se centran en la hegemonía; por el análisis crítico del discurso como método que permite aprehender los hilos que cosen las palabras al vivir (Bolívar, 2005; Fairclough, 2003; Halliday, 1986).

El pensamiento de Castoriadis (1988) resulta pertinente, pues este autor destaca el hecho de que la sociedad es algo más de lo que sus miembros producen en términos económicos; más de lo que estos organizan en términos político/institucionales, más de sus conflictos bélicos, más del goce que sus artes prodigan. Ese algo más no es ajeno al mercado, al poder, a la estética o a las instituciones. Al contrario, es lo que posibilita la existencia toda, la vida humana según la conocemos, esto es, como una vida mediada por lenguajes, por el significado que atribuimos a las cosas, y a la experiencia que tenemos tanto del mundo físico externo como del mundo psíquico interior.

Así, cada sociedad instituye un magma de significaciones particular, un sistema específico de interpretación de sí misma y de lo que en ella existe y ocurre. Nada puede ser pensado, actuado, percibido, sentido, si no puede integrarse a este magma que Castoriadis llamó *imaginario social* (1983; 1989).

El *imaginario* internalizado por los miembros de la sociedad la mantiene integrada, facultándola para ser lo que es, para autorreproducirse al transferir a cada persona el conjunto de significaciones sociales que la distinguen como miembro de esa sociedad y no de otra. El proceso se inicia con el nacimiento y la adquisición de la lengua materna, y continúa *ad infinitum* merced al uso del lenguaje junto a los múltiples sistemas semióticos con los que se generan y ponen a circular significaciones.

En sociedades asimétricas donde el poder político está distribuido y ejercido desigualmente, el imaginario se elabora desde esas relaciones de poder y se instituye como lo que Gramsci llamó *hegemonía* y que Raymond Williams definió como:

Una saturación de todo el proceso de la vida, no solamente de la actividad política y económica o de la actividad social manifiesta, sino de toda la sustancia de las identidades y las interrelaciones vividas; un efecto de tal profundidad que las presiones y limitaciones que, en última instancia, deben verse como propias de un sistema económico, político y cultural específico, a la mayoría de nosotros nos parecen las presiones y limitaciones propias de la simple experiencia y del sentido común. Así, la hegemonía no es solo el más alto grado de articulación de la “ideología” y sus formas de control, tampoco son solo esas que ordinariamente vemos como “manipulación” o “adoctrinamiento”. La hegemonía es todo el cuerpo de prácticas y expectativas con relación a la totalidad de la vida: nuestros sentidos y nuestra asignación de energía, el moldeamiento de nuestra percepción sobre nosotros mismos y sobre el mundo. (1977, p. 108)²

La hegemonía garantiza que una sociedad se preserve y se reproduzca gracias al consenso activo o rutinario que sus miembros brindan al imaginario instituido, internalizado a través de largos y complejos procesos conscientes e inconscientes de socialización, de forma que, como apunta Gramsci, “el individuo particular se gobierne por sí mismo sin que por ello éste, su autogobierno, entre en conflicto con la sociedad política, sino por el contrario, se convierta en

² Mi traducción de: “a saturation of the whole process of living -not only of political or economic activity, nor only of manifest social activity, but of the whole substance of lived identities and relationships, to such a depth that the pressures and limits of what can ultimately be seen as a specific economic, political and cultural system seem to most of us the pressures and limits of simple experience and common sense. Hegemony is then not only the articulate upper level of ‘ideology’, nor are its forms of control only those ordinarily seen as ‘manipulation’ or ‘indoctrination’. It is the whole body of practices and expectations over the whole of living: our senses and assignments of energy, or shaping perceptions of ourselves and our world”.

su continuación normal, en su complemento orgánico” ([1975] 1984, tomo III, p. 159). Esta óptica implica su anverso: la transformación de una sociedad así instituida en una sociedad *otra* requiere que sus miembros se hayan distanciado cognitiva, afectiva, deontológica y teleológicamente, del imaginario al que hasta entonces se habían adherido, y que del proceso surjan otras significaciones, un nuevo imaginario capaz de dar significado a lo que emerge.

Se debe tener presente que no todas las significaciones del viejo imaginario son transferidas al nuevo, y aquellas que sí lo hacen deben ser reelaboradas, resemantizadas antes de poder instituirse como parte del imaginario emergente. Los eventos vividos en Venezuela desde febrero de 1989 sugieren que es este el caso, y que la sociedad democrática y su imaginario están en proceso de transformación, resemantización y reinstitución de sus significaciones nucleares.

A ello apunta la cualidad ambivalente del discurso que ha colmado la escena pública desde el 27 de febrero de 1989. Con base en la vivencia histórica, hablantes de todos los orígenes expresaron entonces una condena a los gobiernos democráticos por lo que describieron como 40 años de hambre, frustraciones, corruptelas e ineptitud administrativa. Acto seguido, esos mismos hablantes recurrieron a otro nivel, a otra modalidad de existencia del régimen democrático, en la cual este se preservaba como deseable y, en esa medida, redimible para el porvenir. Quienes así se expresaban –incluidos los dirigentes del golpe en 1992– recurrieron además a un mismo grupo de vocablos y temas para dar asiento a sus posturas, al margen de que lo hiciesen desde plataformas ideopolíticas distintas e incluso opuestas. Las mismas palabras y tópicos en quienes, en el nivel fáctico, se disputaban con las armas el Gobierno.

Partiendo del enfoque teórico aquí resumido, puede presumirse que era en el registro imaginario y no en el histórico donde la democracia se preservaba como deseable para quienes entonces se expresaron; vale decir, no por lo que esta efectivamente había sido, sino por lo que había prometido ser, por lo que los hablantes pensaban y querían que esta llegase a ser. Había una *ilusión* de que la democracia se preservaba incorrupta y, como ilusión, parecía cooptar aún el deseo colectivo. Desde el ascenso al poder del presidente Chávez en febrero de 1999, adherentes y oponentes a su proyecto han venido disputándose el derecho a preservar la democracia como significación nuclear del imaginario político que se esfuerzan en instituir como hegemónico, a pesar de que ambos sectores se definen como contrarios.

En nombre de la *verdadera democracia*, la oposición venezolana lideró un golpe de estado el 11 de abril de 2002 así como un paro general en diciembre del mismo año, lo que incluyó la paralización de la industria petrolera hasta febrero de 2003; la toma de la plaza Altamira en Caracas por un grupo de militares disidentes, la cual se prolongó por más de un año; el cierre de vías públicas; y también la interrupción en el suministro de alimentos.

En nombre de la *verdadera democracia*, el gobierno del presidente Chávez ha mantenido en sus gabinetes ministeriales y en la dirección de los organismos públicos a más miembros de la Fuerza Armada que de la sociedad civil; ha impulsado hasta la fecha más de una docena de elecciones donde la burocracia y el presupuesto del Estado han servido a la opción que abandera el Presidente, con la anuencia, por acción u omisión, del Consejo Nacional Electoral (CNE), a una escala que desdice todo principio de justicia. Esto implica un ventajismo que empañá aunque no invalida los triunfos obtenidos en las urnas por el proyecto político del Primer Mandatario.

En nombre de la *verdadera democracia*, colectivos de base del proyecto bolivariano han acosado, herido, *graffiteado*, apedreado a dirigentes, militantes, periodistas y empresas mediáticas de la oposición, mientras líderes del *chavismo*, reporteros y medios comunitarios, casi en su totalidad simpatizantes del Presidente, han sido agredidos por grupos que no declaran militancia, pero expresan su aversión hacia el Gobierno.

En nombre de la *verdadera democracia*, el Estado ha establecido un *sistema nacional de medios públicos* que funge de red publicitaria del proyecto bolivariano en el poder, al tiempo que el Primer Mandatario hace uso discrecional del derecho que le otorga la ley de dirigirse al país en transmisión conjunta o cadena nacional de radiotelevisión, cuando así lo requieran asuntos de interés colectivo. Desde febrero de 1999, el Presidente ha transmitido cientos de horas en cadenas.

Los medios privados, que representan cerca del 70% del espectro radioeléctrico, han venido haciendo lo propio, pero en respaldo de quienes adversan al Presidente, de modo que lectores de prensa, radioescuchas y televidentes, carecen hoy en Venezuela de información fiable a propósito de cualquier acontecer.

En nombre de la *verdadera democracia*, barrios populares y urbanizaciones de clase media y alta se han armado para protegerse de los *otros* violentos, transformándose así en espejo de lo que aborrecen.

A partir de enero de 2005, el presidente Chávez radicalizó el perfil de su proyecto político, proponiendo la construcción del socialismo del siglo XXI, rechazando todo nexo con los gobiernos democráticos de la Cuarta República, pero preservando la democracia como significación nuclear de su imaginario, luego de calificarla con nuevos adjetivos: *participativa*, *protagónica*, *popular*, adjetivos que no terminan de *llenarse* ni fáctica ni semánticamente.

Los reflatados partidos de oposición tradicionales y los emergentes intentan confrontar el socialismo del siglo XXI, y se han declarado custodios de la genuina democracia, conservándola como significación de un imaginario ambiguo, oscilante desde el punto de vista semántico entre los imaginarios demoliberal, socialdemócrata y democristiano, en el intento de resemantizar y reinstituir, integrándolas, las significaciones de los imaginarios democráticos activos en la Cuarta República.

En los últimos dos años ha venido conformándose un movimiento estudiantil que se declara *ex novo*: sin deudas con la Cuarta, ni simpatías con la Quinta República. Algunos de sus líderes más notables han engrosado ya las filas de los nuevos partidos, mientras otros dirigen el movimiento en liceos y universidades. Cuentan con la mística voluntariosa de su juventud pero carecen—como puede esperarse— de proyecto y no consiguen aún hacer visibles las que a la postre terminarán siendo significaciones nucleares del imaginario político que ellos proyectan instituir. Solo una cosa declaran sin ambigüedad: deberán reinventar la democracia en Venezuela.

Lo aquí resumido indica que la democracia—sea esta rescatada, socialista o reinventada— para unos y otros se mantiene como una significación con enorme fuerza movilizadora, aunque para unos y otros resulte ofensivo que el contrario se permita invocarla, cuando en la práctica y en su proyecto la sepulta.

Resulta, por tanto, plausible suponer que el análisis de lo ocurrido en Venezuela a partir de febrero de 1989 exige estudiar el imaginario político democrático del cual todos los venezolanos de hoy, en alguna medida, somos hechura y al cual todos, también en alguna medida, declaramos defender.

Tal certeza dio origen a la investigación que parcialmente se presenta en este artículo y a la necesidad de recurrir a la historia, al proceso político que se inicia con la muerte de Juan Vicente Gómez el 17 de diciembre de 1935. En aquel entonces, el imaginario decimonónico propio del gomecismo no fue capaz de autorrenovarse y satisfacer fáctica e imaginariamente a los sectores que venían emergiendo en Venezuela a raíz de la explotación rentable de los

hidrocarburos a partir de 1921. El paso del modelo rural al petrolero-rentista presupuso la emergencia e institución de un nuevo imaginario que dio anclaje a los miembros de la sociedad, la cual, así, devino en *otra*.

Por tanto, la sociedad democrática en Venezuela no se inició, como suele señalarse, luego del derrocamiento del régimen dictatorial de Marcos Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958, sino que las significaciones nucleares que componen su imaginario político emergieron de forma incipiente en 1928 y comenzaron a instituirse en el período que corre entre los años 1936-1948. En concreto, durante la presidencia del general Eleazar López Contreras (1936-1941); la inconclusa presidencia del general Isaías Medina Angarita (1941-1945); el golpe de Estado liderado por la Unión Militar Patriótica (UMP)³ y el partido Acción Democrática (AD) el 18 de octubre de 1945; y el llamado *trienio adeco* que se subdivide en el régimen de la Junta cívico-militar de Gobierno que tuvo a Rómulo Betancourt como su presidente (19 de octubre de 1945 - 15 de febrero de 1948) y el trunco período presidencial de Rómulo Gallegos (15 de febrero - 24 de noviembre de 1948).

La investigación reveló asimismo que el ciudadano Rómulo Betancourt y el partido Acción Democrática jugaron un rol relevante en este tránsito, pues Betancourt fue el líder que a la postre encarnó la metamorfosis del caudillo decimonónico en líder moderno. Puede incluso decirse que fue Betancourt quien, como líder/caudillo del proceso iniciado a la muerte de Gómez, en su ascenso al poder, elevó consigo el partido Acción Democrática.

Huelga decir que la institución de un nuevo imaginario no es proeza imputable a un individuo, aun provisto de los dones que distinguieron a Rómulo Betancourt. Tampoco depende de una organización política, aun tratándose de la pertinaz Acción Democrática. La institución de un nuevo imaginario es un proceso colectivo, social, histórico.

Si este artículo se concentra en la actuación de personas u organizaciones políticas particulares, lo hace honrando uno de sus asientos teóricos: las sociedades solo existen y se manifiestan como *individuos vivientes*, como seres humanos corpóreos, específicos, que dan vida a las instituciones que crean, subvierten y vuelven a crear, al tiempo que estas los animan (les dan el *ánima*, la vida) desde el instante mismo del nacimiento.

³ Órgano clandestino creado por los oficiales golpistas para enlistar en él a sus seguidores, los *juramentados*, llamados así por prestar juramento secreto de adhesión a los principios de la UMP.

2. CATEGORÍAS, UNIDADES Y NIVELES DE ANÁLISIS

La experiencia senso perceptible del sujeto debe ser, entonces, elaborada como significación para devenir realidad psicosocial; solo así, mundo y vivencia se tornan objetos posibles de pensamiento, conocimiento, valoración.

¿Cómo ocurre tal cosa? Los procesos son complejos, recursivos y multifactoriales, por lo que resulta difícil hacerlos visibles. De allí el valor heurístico del análisis crítico del discurso, pues este ayuda a detectar en el lenguaje las estrategias discursivas que son, a la vez, huella e instrumento con los cuales se crean, modifican e instituyen los imaginarios políticos.

La invención de palabras permite comunicar sobre nuevos eventos, cosas, estados del mundo extralingüístico. Asimismo la ampliación, reducción, y ajuste del significado de los términos ya existentes, ayudan a dar cuenta de los cambios sufridos por ese mundo, de modo que estos puedan integrarse, resemantizados, como significaciones del imaginario emergente.

La observación cotidiana señala que, en los procesos de institución social, los grupos en disputa por el poder repiten en sus prácticas discursivas un *vocabulario* que recoge y combina, por una parte, nuevos términos y, por la otra, nuevos usos para algunos de los ya incorporados al lenguaje. Asimismo, tales grupos reiteran una serie limitada de *temas* o *tópicos* referidos a los valores, fines, modelos de interpretación sobre el acontecer propios de sus respectivas concepciones del mundo, todas en pugna por consolidarse y devenir hegemónicas.

Así, temas y vocabulario fungen a un mismo tiempo de marcas y armas semánticas en la lucha por la hegemonía. Con ellas, cada grupo: a) se identifica e identifica a los otros; b) elabora modelos de interpretación para el acontecer; c) propone un marco deontoteológico desde donde valorar y juzgar; d) administra las emociones que pretende que marquen la relación entre dirigentes y dirigidos, líder y multitud, unas y otras clases, unos y otros grupos, unas y otras naciones.

Dada la hondura de los procesos de autocreación histórico-social, este complejo de temas/vocabulario/significados funciona según lo descrito, porque se entrama con fuertes emociones, acercándose a lo que Gramsci entiende por *ideas-fuerza* (1977, p. 9) o *unidades de fe*.

la religión entendida no en el sentido confesional sino en el laico de unidad de fe entre una concepción del mundo y una norma de conducta correspondiente. ([1975] 1984, tomo IV, pp. 247)

Pero en este punto se plantea el problema fundamental de toda concepción del mundo, de toda filosofía, que se haya convertido en un movimiento cultural, en una religión, en una fe, o sea, que haya producido una actividad práctica y una voluntad. (*Idem*, p. 249)

[...] de esta premisa material, calculable cuantitativamente, no puede ser separado un cierto nivel de cultura, es decir, un complejo de actos intelectuales y de éstos (como su producto y consecuencia) *un cierto complejo de pasiones y sentimientos imperiosos, o sea que tengan la fuerza de inducir a la acción a toda costa.*

Lenin con sus compañeros ha sacudido las conciencias y las ha conquistado. Su persuasión no se quedó solo en audacia del pensamiento: se encarnó en individuos, en muchos individuos [...]. Y la revolución continúa [...]. Nuevas energías son suscitadas, nuevas *ideas-fuerzas* propagadas. (*Idem*, p. 307; las cursivas son mías)

Cabe inquirir entonces cómo algunas expresiones lingüísticas se hacen *ideas-fuerza*, *unidades de fe*, *significaciones* de un imaginario político, y cómo se detectan y describen en un texto o conjunto de textos. Sobre el punto, el proceso es, en muchos sentidos, opaco, multidimensional y solo parcialmente cognoscible.

No obstante, el análisis crítico del discurso permite aprehender lo que, siendo obvio, no resulta visible sino hasta después de culminado el trabajo. Ya Joseph Goebbels –ministro de Propaganda del Tercer Reich– había avizorado en 1930 que *una mentira adecuadamente repetida mil veces se convierte en una verdad.*

La máxima goebbeliana no debe tomarse como determinismo; hacerlo sería desdejar el marco teórico de esta investigación y desconocer lo que la propia historia enseña. No obstante, casi un siglo de estudios críticos y mercadeo sobre publicidad y propaganda no dejan dudas acerca de la validez de lo que Goebbels quiso poner de relieve y de hecho practicó con letal éxito: la enunciación sistemática, persistente en el discurso político de ciertas ideas-fuerza, puede conducir a institucionalizarlas al punto de que la comunidad de hablantes termine integrándolas a su concepción del mundo. De allí que reiterar resulte una estrategia discursiva muy eficiente en los procesos de creación, institución y reproducción de imaginarios políticos, como bien lo sabía Rómulo Betancourt para quien *en política, la consigna es repetir.*

El axioma goebbeliano no indica solo repetir, sino hacerlo adecuadamente. Desde entonces, el estudio de la propaganda nazi ha mostrado lo que para Goebbels era adecuado: hay que decir pocas cosas, muchas veces, cerciorándose de que el contenido semántico se elabore merced a estrategias que anclen la cognición al mundo psicoafectivo del sujeto y de la multitud.

Por esa vía, el contenido semántico *se impregna* de una carga emocional y con ella se fija en la memoria. Así se consigue que lo dicho se recuerde más y mejor y explica por qué, al escucharlo repetir, los oyentes evocan juntos conocimiento y sentimiento: no recuerdan sino *re/viven*; a un mismo tiempo, conocen y sienten las ideas-fuerza que el enunciado arrastra.

Por ello, los estudios sobre el imaginario político requieren de una metodología que permita aprehender, en primer lugar, estrategias retóricas como las que se acaban de mencionar (reiteración, énfasis, anclaje emotivo) y, en segundo lugar, vocabularios y temas recurrentes.

Sobre estas premisas se seleccionó un corpus representativo del discurso betancourtiano que incluye ciento cuarenta y un textos entre cadenas radiadas, alocuciones, discursos, mítines, ruedas de prensa y entrevistas, con énfasis especial en los que fueron retransmitidos por la radio a toda la nación.

Cada texto se identificó con un código (por ejemplo, En-1, Di/Al-5, Di-113a) que incluye unas siglas para designar la primera modalidad de enunciación⁴ y un número correspondiente al orden cronológico en que el texto se produjo. Los textos citados están acompañados solamente por el código que se les ha asignado. La información completa se puede ver, después de las referencias bibliográficas en la sección titulada “Discursos, entrevistas, declaraciones de Rómulo Betancourt” (p. 159). En esta sección los códigos se indicarán en orden alfabético y no cronológico. Una vez seleccionado y codificado el corpus, se procedió al análisis en dos niveles:

- En el primer nivel se dividieron los textos en unidades de análisis menores, optándose por las oraciones ortográficas entendidas como una porción física de texto, entre separadores de puntuación, que “puede estar constituida por una oración gramatical completa, parte de ella, o más de una oración gramatical y, al mismo tiempo, puede contener una o más proposiciones semánticas (o ninguna)” (Bolívar, 1995, p. 7).

Luego, se estableció el tópico o tema de cada oración, entendiendo por tal el *asunto* del cual se habla. Recuérdese que importa tanto saber qué se dijo como qué se repitió de lo que se dijo; a cuál significado se asoció en forma sistemática el vocabulario, los temas en lo que se dijo, y cómo lo dicho conectó con el mundo psicoafectivo de quienes enunciaron/interpretaron ese decir.

⁴ Al = alocución, De = declaración, Di = discurso, En = entrevista, In = intervención, No = nota. Cabe señalar que los códigos son exactamente los mismos utilizados en mi tesis doctoral (Madriz, 2007).

Se estableció la estructura tópico/temática del texto y se identificó en cada oración: a) quiénes eran los participantes (expresados como sustantivos animados e inanimados); b) qué hacían (verbos); c) cuáles eran los atributos (adjetivos, adverbios de modo) y las acciones (verbos) que se les asignaban.

- En el segundo nivel del análisis se procedió a reconstruir la estructura tópico/temática, pero ya no de los textos individuales segmentados en oraciones sino en el *macrotexto* que resultó de considerar el corpus como un todo, de mirar los textos en su transcurrir y trenzarlos como si fuesen hebras de un mismo torzal. En ese macrotexto se procedió a resegmentar el corpus con el objeto de construir una nueva unidad de análisis de rango superior a las oraciones ortográficas, los *párrafos temáticos*.

Esos párrafos se obtuvieron agrupando las oraciones como secuencias en cada texto, y extrayéndolas y reuniéndolas después en conjuntos independientes: 1) las oraciones que compartían el mismo tema; 2) las que incluían el mismo sustantivo sin importar la función gramatical que este desempeñara; 3) las que utilizaban sustantivos, adjetivos, verbos o adverbios asociados al mundo psicoafectivo del propio Betancourt, sus oyentes/lectores o las entidades referidas por aquel en su discurso; 4) las que ilustrasen una misma estrategia retórica; 5) las que propusiesen la misma versión sobre ciertos eventos como, por ejemplo, el golpe de Estado del 18 de octubre de 1945.

Para resegmentar y luego agrupar los párrafos temáticos resultó muy útil la *isotopía lexical* (presencia en las oraciones de una misma *palabra clave*), e incluir en un mismo conjunto los párrafos temáticos cuyas palabras clave fuesen sinónimas o asociadas semánticas (junto a *pueblo*, por ejemplo, calificaron *soberano*, *masas populares*, y, de acuerdo con el uso, *venezolanos*, *pobres*).

Una vez obtenidos los conjuntos de párrafos temáticos, se procedió a estudiarlos para establecer cuáles palabras o expresiones clave se mantuvieron en el discurso de Rómulo Betancourt a lo largo del período en estudio, con qué asiduidad las enunció y qué cosa predicó de ellas.

Se aplicó entonces la noción de *tematización* al macrotexto: se detectaron y describieron las diversas estrategias retóricas merced a las cuales Betancourt reiteró, sobrevaloró, destacó unos asuntos y no otros.

El análisis del corpus, visto como macrotexto, permitió entonces aprehender las regularidades, la recurrencia en el uso de los mismos enunciados repetidos, las estrategias retóricas, las ideas-fuerza que ocuparon el discurso

betancourtiano en 20 años de intensa y persistente práctica discursiva, evidencia que solo el análisis diacrónico-comparativo puede hacer visible.

Si se admite que Rómulo Betancourt fue a la vez hacedor y hechura de la sociedad que era y de la nueva-otra que comenzó a ser, puede admitirse entonces que el análisis crítico de su discurso da cuenta, en alguna medida, del imaginario político que, en el tiempo, se consolidó como imaginario de la sociedad democrática venezolana.

3. LOS RESULTADOS DEL ANÁLISIS

3.1. El golpe del 18 de octubre de 1945

El gobierno de Isaías Medina Angarita cayó en 24 horas fulminado por el golpe que le dieron la Unión Militar Patriótica (UMP) y el partido Acción Democrática (AD), si bien las escaramuzas se prolongaron algunos días más. Una vez asegurado el triunfo, el 19 de octubre arribaron a Miraflores los líderes del partido con Rómulo Betancourt a la cabeza.

La propuesta original de la UMP contemplaba la formación de un Gobierno con dos representantes militares, dos civiles independientes y Betancourt, quien por consenso lo presidiría. A la postre, la Junta quedó constituida por los dos militares al mando de las acciones en Caracas (el mayor Carlos Delgado Chalbaud y el capitán Mario Vargas); el independiente pro AD iniciador de los contactos entre la UMP y el partido (el doctor Edmundo Fernández), y los cuatro líderes partidistas que desde el principio participaron en la conspiración: Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Gonzalo Barrios, y Luis B. Prieto Figueroa. Cuatro accióndemocratistas. Mal comienzo para quienes no habían ocupado cargos públicos y carecían de antídoto frente a los vicios que concita el poder: favorecer a los adeptos, exterminar al adversario, insuflar la jactancia, malversar el tesoro, acogotar la crítica, desoír la razón.

Fue un mal comienzo, pero en aquel entonces pocos lo notaron, obnubilados como estaban casi todos por el triunfo veloz del movimiento cívico-militar y el talante de los compromisos que Rómulo Betancourt, en nombre de los golpistas, contrajo ante la República, comenzando por la convocatoria a elecciones libres, oferta que Isaías Medina no supo honrar, y que por lo mismo se tornó en mítico y codiciado desagravio.

Se elegirían los gobernantes sobre una justicia mayor de la que pauta “un hombre, un voto”, pues en la Venezuela de Betancourt sufragarían también muje-

res y mancebos, fuesen o no capaces de descifrar abecedarios. Habría castigo para las sanguijuelas del tesoro y cárcel para los proxenetas del noble gentilicio.

Habría cobijo, bajo algún techo, para todos. Y una sopa caliente al volver del trabajo. Habría pupitres y colegios en cada caserío, y carreteras para alcanzar mentes y pórticos. Habría periódicos, libertad de criterio para los opinantes e incluso para los difamantes, con la única excepción de quienes pretendiesen nombrar el innombrable nombre de Medina Angarita.

Habría camillas, y dispensarios y doctores para desinfectar de chipos las pajizas moradas de la República. Y habría Asamblea Nacional Constituyente para hacer leyes dignas de la nación que Betancourt quería instalar en el puerto de América, Alejandría del Sur y cortafuegos de las transnacionales, para que de sus muelles desatracasen, junto al petróleo y la bauxita, ideas y ejemplo para recalentar el continente que fue quimera del Libertador.

No habría perdón, pues se confunde con la anemia de carácter. Ni vagabunderías, pues sería desdecir vida y proyecto.

Habían llegado. Líder y partido habían llegado y se disponían a traerse consigo a la multitud para darle de comer, proveerle el techo, sanearle los hijos y enseñarla a votar por los candidatos de Acción Democrática en las elecciones que de seguro ganarían por la sola circunstancia de haberlas hecho ocurrir.

Estaban allí, en los despachos de Miraflores y los ministerios; cumpliendo turnos de 24 horas rebosantes de buenas intenciones; deseosos de servir a la República y ebrios por la oferta de poder y honores que seduce a cuantos se sienten conminados a salvar. Habían llegado aunque no hubiese sido en forma decorosa. Debieron hacer de comparsa a un movimiento sedicioso cuyos líderes suscribían la convicción de que, como a la soldadera, era menester disciplinar a las personas, ponerlas a formar e inculcarles respeto, pues de otro modo sería imposible conducir las a la liberación que se les había previsto. No fue decoroso, pero en opinión de los accióndemocratistas sí fue necesario.

Poca cosa moviliza con mejor gatillo que pensarse necesitado. Creerse necesidad del otro se expresa como desmesura insuflando el ego del sujeto que así siente. Pensarse necesidad de otros puede inspirar proezas admirables a favor de quien necesita, pero puede asimismo henchir una altivez descomunal en quien se cree urgido, capaz de hacerlo caer en *hybris*: una condición mortal que se expresa en exceso, una trasgresión al espacio divino, queremos y pretendemos ser, parecer como los dioses o superiores a ellos, presentándonos con insolencia

agresiva y sin límites, el orgullo desmedido, ante lo cual los dioses reaccionan con la Némesis, que corresponde a la fuerza que impone forma y límites a lo humano (Jaeger, [1933-1945] 1957).

Luego del 18 de octubre, el primer mortal en *hybris* fue Rómulo Betancourt, ciego en la convicción de que a él le incumbía enderezar los extraviados rumbos de la patria. Proeza que estimaba, amén de su deber, su legítimo derecho.

3.2. Violencia y legitimidad: los argumentos del golpe

Lo primero que debió atenderse fue el carácter violento del asalto al poder. En tal sentido, debe concederse agudeza a Betancourt, pues este entendió que minimizar o eludir el asunto hubiera sido torpe. No convenía escurrir responsabilidades y, por lo tanto, el líder las asumió y comenzó de inmediato a justificarlas:

La frase de Mac Arthur a los japoneses: “A la democracia hay que conquistarla aunque sea por la fuerza” es concepto que se va extendiendo a través del mundo en esta era de post-guerra que ha traído consigo grandes inquietudes sociales [...]. Mas, justo es decir que este movimiento [*el octubrismo*] ha tenido fases evolutivas y que a toda costa veníamos manteniendo actitud conciliatoria con el gobierno de modo de evitar el golpe revolucionario. (En-27)

Hecha la autocrítica, Betancourt procedió a elaborar un modelo de interpretación de los hechos merced al cual lo que había sido un golpe de Estado contra el presidente Isaías Medina Angarita, dado por la UMP y el partido Acción Democrática, mutó hasta convertirse en *la gloriosa Revolución de Octubre*, acontecimiento histórico inevitable, justificado, bienvenido en la República: “hace apenas un mes que triunfó la Revolución de Octubre, gloriosa peripecia destinada a cambiar el rumbo de la historia nacional” (No-28).

No fue un logro menudo. Ser nombrado es comenzar a existir; poseer existencia lingüística es el primer paso para desarrollar existencia imaginaria, entre otras razones, porque el nombre preconditiona el campo semántico al cual se asociará lo percibido. De allí que resulte un triunfo notable ser uno mismo quien elige e impone la nomenclatura con la cual será identificado socialmente. De hecho, quien se anticipa al designar y calificar el mundo, a sí mismo, a los otros, se agencia una ventaja inestimable en la lucha por la hegemonía.

Rómulo Betancourt y los juramentados hicieron esto y más. Al proponer la nomenclatura con la cual esperaban ser designados Junta de Gobierno,

Revolución de Octubre y obtener de la mayoría aceptación, excluyeron todas las otras posibles designaciones: *asonada*, *madrugonazo*. No es cosa pequeña ser *Revolución de Octubre* y no *golpe de Estado*; *Junta Provisional* y no *autócrata dictadura*; *hombres de la revolución* y no *sediciosos en armas*.

La transmutación nodal se produjo cuando el *golpe* se transformó en *revolución*, cambio posible solo si el pueblo se asocia a lo actuado, pues, sin pueblo que actúe, no es dado catalogar de revolución a proceso histórico alguno.

La Junta requería validar de algún modo lo hecho, las acciones militares, el ejercicio de la violencia que, en su origen, vició de invalidez el movimiento octubrista. Esta escabrosa condición podía neutralizarse e incluso revertirse si la genuina fuente de toda legitimidad, el pueblo, avalaba lo actuado con su apoyo.

Esto fue lo que hizo Betancourt en su discurso: articuló semánticamente el golpe cívico-militar a la voluntad del soberano, de forma que actos y actores del primero se vieron de manera automática ungidos por la legitimidad que otorga el segundo. ¿Cómo lo logró? Dando paso al surgimiento de una segunda significación clave del imaginario democrático emergente: el *Pueblo y Ejército unidos*, entidad que, a partir de ese momento, se consagró como protagonista intelectual y material del golpe:

Esta noche, después del triunfo alcanzado por el Ejército y el Pueblo unidos contra el funesto régimen político que venía imperando en el país, ha quedado constituido un gobierno revolucionario provisional. (AI-24a)

La respuesta del pueblo soberano, la réplica airada de Venezuela a quienes persistían en considerarla feudo suyo, fue la eliminación definitiva de ese régimen de la vida política de la Nación. (AI-26)

Obsérvese cómo Betancourt transfiere al pueblo toda la responsabilidad por la *eliminación definitiva* del régimen de Medina. Se comprende, entonces, que, así como ningún grupo civil o militar —incluidas la UMP y Acción Democrática— puede dar un golpe sin viciar automáticamente el acto de invalidez, el “pueblo soberano” sí puede permitirse *réplicas airadas*, violencia y toma a fuego del poder incluidas, sin que por ello devengan írritos ni el pueblo mismo ni sus acciones.

El perfil definitivo de esa entidad (el pueblo soberano) y la significación nuclear del imaginario democrático venezolano, quedan resumidos en lo que sigue:

La Junta Revolucionaria de Gobierno está dispuesta a proceder con serena, pero inquebrantable y resuelta energía, contra quienes pretendan propiciar el retorno a las condiciones político/administrativas frente a las cuales insurgió

la protesta armada de Pueblo y Ejército, fraternizando en las calles blusa y uniforme como en los días estelares de la nacionalidad, cuando las masas artesanales y agraristas, improvisadas para el heroísmo, confundían sus chamarras desfleadas con los rojos dolmanes de los tercios regulares de la milicia liberadora. (A1-26)

El tópico independentista y las ideas-fuerza asociadas a él –los próceres, la nacionalidad, el Libertador, la gesta heroica– son el tercer constituyente básico del imaginario democrático venezolano, al cual, de una u otra forma, terminan asociándose los otros, incluyendo el *Pueblo y Ejército unidos* que, en tanto significación, adquirió por esta vía historicidad, aterrizaje fáctico, verosimilitud.

La oferta de llevar a cabo elecciones libres fue la cuarta idea-fuerza que dio legitimidad al golpe marcándolo semánticamente como mal necesario o medida extrema. Voto y elecciones se constituyeron desde entonces en una de las significaciones más poderosas del imaginario democrático venezolano, al punto de que para muchos la democracia se agota en el sufragar y en el poder decir:

Este Gobierno Provisional tendrá como misión inmediata la de convocar al país a elecciones generales, para que mediante el sistema de sufragio universal, directo y secreto, puedan los venezolanos elegir sus representantes, darse la Constitución que anhelan y elegir el futuro Presidente de la República. (A1-24a)

Justificado el golpe, transferida la responsabilidad de la violencia a *Pueblo y Ejército unidos*, y delineado el programa y plan de acción de la Junta de Gobierno, la *gloriosa Revolución de Octubre* se halló en condiciones de comenzar a gobernar.

3.3. Violencia y medios de comunicación: el periodista Betancourt

Entenderse con los medios se contó entre las faenas más difíciles que debió acometer el régimen octubrista. Si en algún campo es insondable el abismo que separa el ser gobierno del ser oposición es en este, donde aun para un hombre como Betancourt resultaba complicado dejarse insultar sin perder la compostura. Como nunca lo es, tampoco en este caso fue un tema de amor propio: era el poder lo que se disputaba y el líder estaba al tanto de la corrosión que la crítica mordaz ejerce sobre personas y regímenes.

Betancourt fue un periodista de oficio. Uno muy bueno. Pero antes que periodista fue político y, como político, terminó aplicando la máxima de la *real Politik*,⁵ según la cual la libertad de expresión es inviolable mientras no toque los

⁵ Suerte de máxima del pragmatismo que valida cierta clase de manejos, tenidos por abo-

asuntos que en verdad dañan, y el líder tenía claro cuáles eran los del octubrismo. Tenía claro, asimismo, que el cuarto poder existía y que, si no tumbaba gobiernos por sí solo, conspiraba para tumbarlos junto a otros disconformes, con excelentes resultados, tal cual él mismo y los juramentados acababan de corroborar.

Había que andarse entonces con cautela aplicando la sabiduría del pescador: dar sedal con holgura para que el pez esté a gusto y ayude en la tarea de pescarlo, pero encajar el anzuelo cuando la holgura arriesgue el éxito final de la maniobra.

Así se procedió en consecuencia. Seis días después de tomado el poder, *El Nacional* publicó un comunicado del Partido Democrático Venezolano (PDV) a favor de la depuesta presidencia medinista. Medina era de los asuntos que dañaban: si el régimen no había sido tan nefasto, entonces, el golpe no había sido tan necesario, de modo que se prohibió abogar por el medinismo:

La Junta Revolucionaria de Gobierno está dispuesta a detener policialmente a toda persona que desde las columnas de la prensa [...] intente defender con sus firmas lo que está definitivamente condenado por la conciencia de todo un pueblo [...]. La Junta no obstaculizará ninguna clase de críticas que se formulen a su propia gestión política y administrativa. Pero procederá con serena energía a impedir [...] que voces interesadas traten de defender teóricamente lo que fue definitivamente abolido de esta tierra por la acción conjunta de Pueblo y Ejército unidos. (APRB, H-I: 95)⁶

Con todo, los decretos de censura fueron inusuales. La estrategia de rutina fue más bien darles curso solo en coyunturas difíciles, mientras que en el resto del trienio se preservó en general la libertad de prensa, a contrapunto con una

recibles pero inevitables, en aras de la prosecución de fines políticos.

⁶ Aquí, y en adelante, utilizo los siguientes códigos, abreviaturas, y siglas, para referir las fuentes documentales consultadas en la Biblioteca personal de Rómulo Betancourt (BPRB), bajo la custodia de la Fundación homónima ubicada en la que fue la última casa de habitación del ex Presidente (quinta Pacairigua, 8.^a transversal entre 6.^a y 7.^a avenidas de la urbanización Altamira en Caracas):

- i) APRB, T-0, C-0, Co-0, D-0 significa APRB = Archivo personal de Rómulo Betancourt (colección de Documentos), T-0 = número de tomo, C-0 = número de carpeta, Co-0 = letra del complemento, D-0 = número del documento;
- ii) APRB, He-0: 0 ó H-0: 0 indica APRB = Archivo personal de Rómulo Betancourt (colección de Recortes Hemerográficos o colección de Publicaciones Periódicas), He-0: 0 ó H-0: 0 = número de tomo y número de la página;
- iii) SXX, T-0, D-0: 0 indica Congreso de la República (1991), T-0 = número de tomo, D-0: 0 = número del documento y de la página.

eficiente represión selectiva —*higiénica* diría Betancourt— contra lo que sí dañaba, es decir, contra medios y personas de crítica e insulto lacerante.

La profilaxis comenzó con el allanamiento al diario *El Tiempo*, cuyos locales, semanas después del golpe, fueron destruidos por turbas *no identificadas*; se repitió al ser detenido el periodista Gabriel Casanova por criticar al gobierno. De nuevo, con la incautación del diario *Ahora* y el arresto de su director, Edmundo Suegart. Otra vez, al ser prohibida la transmisión radial de una conferencia de Jóvito Villalba y, nuevamente, al ser detenidos los directores de *El Herald* y *La Esfera* por hacer pública una carta de Arturo Uslar Pietri, ex ministro de Medina. De nuevo, cuando “*Jesús Nieves [reportero de El Nacional] fue preso por publicaciones totalmente falsas y calumniosas*” (APRB, H-IV: 13; las cursivas son mías).

En todos los casos, las acciones fueron complementadas con campañas de denuncia sobre las ciertas o infundadas vilezas en las cuales habrían incurrido los agraviantes: “*El Tiempo* sanguijuela del tesoro público. En los archivos de Miraflores se han encontrado documentos reveladores de cómo se mantenía ese diario oficioso. Obligada contribución de los despachos oficiales. Forzosa entrega de avisos. Bolívares 4.400 en pregón” (APRB, He-II: 338).

Las acciones descritas en párrafos anteriores causan disgusto a quienes no participan de la *real Politik*, pero la contratación de publicidad oficial, en volumen y monto muy superior al destinado a otras publicaciones, es práctica habitual en los gobiernos democráticos de América Latina, incluido el régimen octubrista, el cual tuvo a su vez favoritismos con *El País*, que se constituyó en el diario oficioso del trienio adeco. Fue este otro dilema de los muchos que debió sortear Rómulo Betancourt, quien fue un aventajado seguidor de la máxima que indica el aprovechamiento de la prensa tanto en contra como desde el poder. No se puede aprovechar lo que no se tiene y, por ello, aunque antipático, resultó ineluctable impulsar “medios oficiosos” que diesen auxilio al régimen ante la ayuda brindada a la oposición por los periódicos que, con acritud, combatían el Gobierno que el líder abanderaba.

Lo que resulta complejo aprehender es que, en el marco de procesos instituyentes como el acaecido en Venezuela en 1945, este favoritismo suele responder a la *hybrica* convicción en quienes gobiernan de que se trata de procedimientos justos, lícitos, en última instancia “males necesarios”, llevados a término sin contricción, pues se conceptúan como parte de una guerra a morir por conquistar la hegemonía y el liberto destino.

El favoritismo hacia los medios oficiosos tuvo otras expresiones, por ejemplo, enviar la información que emana del poder a unos medios y no a otros: “reporteros de este diario resienten el favoritismo de Miraflores al conceder la información a los medios afectos del proceso, en desmedro de los demás neutrales o comprometidos con otras posturas políticas como *Últimas Noticias* (APRB, He-II: 213). Otras medidas tomadas desde el Estado se sustentaron en mecanismos de control de mayor jerarquía: “para las relaciones de la Junta Provisional con la prensa existirá una Junta Especial de Trabajo, quedando eliminada la Oficina Nacional de Prensa” (APRB, *El País*, 22/10/45).

Solo hubo un vocero—María Luisa Llovera, militante de Acción Democrática—quien quedó a cargo de la Junta Especial, desde la cual se puso en marcha una eficiente estrategia informativa de alto impacto sobre lo que se tendría por “verdadero”; esto incluyó distribuir, chequear y, con mucha frecuencia, redactar todo reporte periodístico referido a las actividades del régimen. No fue un método coactivo y por ello fue muy eficaz, pues cuando un mismo relato o modelo de interpretación sobre el acontecer se replica en diversos medios —más aún cuando se replica en medios de distinta coloratura ideológica— adquiere el estatuto de hecho y se integra al imaginario como registro incontrovertible de *la realidad*.

Dilemas de Betancourt, quien —honrando al periodista nato que era— impulsó medidas tendientes a favorecer la consolidación de una esfera pública vigorosa que hiciese posible el debate abierto de los imaginarios en pugna, junto a la profesionalización de un oficio que convocaba sus favores. En este orden, su gobierno aprobó el pago de utilidades a los reporteros por parte de las empresas mediáticas; impulsó la discusión de una Ley para el ejercicio del periodismo; introdujo en la nueva Carta Magna aprobada por una Constituyente con aplastante mayoría oficial la prohibición de censura previa por parte del Estado; sostuvo el compromiso de retransmitir por radio las sesiones de la Asamblea Nacional Constituyente.

Claro está, sobre ese último punto, por ejemplo, al Betancourt periodista de oficio lo sobrepasó el Betancourt presidente colegiado de una Junta cívico-militar, y la Constituyente *blanca* terminó aprobando la retransmisión, no de las sesiones íntegras, sino de un resumen puesto al aire en cadena nacional por un vocero de la bancada hegemónica, es decir, del partido Acción Democrática. Otra cosa hubiese sido mostrar al país cómo se lucían los diputados de las demás fracciones tratando de hacer valer su razón y cómo los accióndemocratas,

luego de tolerar el farragoso debate, imponían su mayoría con independencia de lo argumentado por los constituyentes de oposición.

Por su parte, los representantes de la oposición tampoco jugaron según la urbanidad sugiere: desde sus respectivos semanarios –*El Gráfico* de los socialcristianos y *Tribuna popular* de los comunistas– denostaron sin reposo el gobierno de Betancourt, hartos como estaban del exasperante sectarismo y practicantes, a su vez, del mismo mal. El Gobierno dio motivos a la invectiva, es cierto, pero también lo es que se estaba en medio de procesos instituyentes y, en tales cismas, todas las fuerzas en pugna entran en *hybris* y se polarizan, apostando el resto a alzarse con la gloria de enseñar a la República cómo ser feliz, aunque para ello sea menester obligarla.

3.4. Política de Estado frente a los oponentes

Luego de seis días en el poder, la Junta cívico-militar procedió a disolver el Congreso, las asambleas legislativas y los concejos municipales, hecho que evidenció el calibre de sus intenciones frente a sus adversarios, quienes, a partir de ese instante, cazaron reyerta en todos los terrenos donde la Junta se la planteó así como en los otros –las de la zancadilla y el contragolpe– desde donde los más ofuscados intentaron desbancarla.

El primer paso del Gobierno fue desbrozar: los medinistas no eran solo oponentes, eran *el enemigo* y demandaban trato aparte; fueron por lo tanto objeto de rigor desmesurado, pues amenazaban, con su sola existencia, la legitimidad del proyecto que los accióndemocratas aspiraban a instituir. Contra ellos, la Junta afinó su puntería y, siempre que pudo, barrió en la misma ráfaga a los *rojos*, quienes con tanto gusto habían prestado pueblo al medinismo, dotándolo de un vigor social que, de otra manera, quizá aquel movimiento no hubiese podido conocer. Los socialcristianos y otros grupos interesaban al Gobierno por el contrapeso; de ser factible serían socios, mas si no lo fueran, se les anularía para evitar que fuesen atasco sobre los militares, guantes de seda y espionaje para frustrar las intenciones que pretendiesen deslucirle el estreno a la *Revolución de Octubre*. Así se iniciaron y siguieron las acciones gubernativas, dando a cada cual según el daño que la Junta conceptuó que podría infligirsele al naciente porvenir.

Amén de muy pocos independientes, los únicos incluidos en el Gobierno fueron los socialcristianos a través del Dr. Rafael Caldera, a quien se le ofreció la Procuraduría General de la República.

Con los comunistas no se desperdició ocasión de desprestigiarlos, hundirlos, aplicar profilaxis selectiva sometiénolos a cárcel e inhabilitación.

La profilaxis selectiva dominó a lo largo de 1946, y por esta fueron presos líderes reputados como Rodolfo Quintero y Luis Miquilena. Al igual que otras actuaciones impopulares de la Junta, el arresto de Miquilena incluyó el desprestigio del imputado:

Escandalosas irregularidades descubiertas en el sindicato autobusero. La noticia involucra la actuación de Luis Miquilena que como se sabe es uno de los líderes del Partido Comunista que mayores dolores de cabeza produjo cuando menos en la primera etapa al gobierno de la Junta cívico-militar. (APRB, He-I: 477)

Obsérvese cómo la denuncia trasciende la persona de Luis Miquilena para comprometer no ya a su partido, sino al sindicato autobusero del DF, organización obrera que el líder dirigía. Así, el discurso abrió vía a la intervención del organismo, estrategia repetida en todos los casos de organizaciones bajo la égida comunista, como lo eran muchos sindicatos petroleros.

Por su parte, las relaciones entre la Junta de Gobierno y el partido socialcristiano Comité de Organización Política Electoral Independiente (Copei) también se agriaron pronto, pues sus mítines comenzaron a ser saboteados en forma sistemática, incluido el propio acto de instalación del naciente partido que tuvo lugar en San Cristóbal en abril de 1946. Tal agravio forzó la renuncia de Rafael Caldera a la Procuraduría General y selló en lo adelante la guerra sin cuartel entre accióndemocratistas y copeyanos, marcada por una de las más corrosivas y pertinaces prácticas retóricas ejercidas contra el programa y los personeros del octubrismo. Véase a este respecto lo dicho en aquel acto por el renunciante Procurador:

A mi llegada a ésta con el objeto de asistir al acto público preparado por la agrupación Copei, encuéntrome con que ayer, un grupito de irresponsables, dirigidos por elementos de Acción Democrática, habían insultado y apedreado una comisión de damas y estudiantes del Copei en la ciudad de La Grita. Hoy circuló una hoja anónima instando aquí a repetir el atentado [...], como durante todo el mitin repitieron las provocaciones y los intentos de silbidos y no puedo colaborar con un partido que usa tales atentatorios métodos, he decidido renunciar irrevocablemente al cargo de la Procuraduría General de la Nación que ustedes hicieronme honra en confiar. (APRB, He-III: 224)

Amén de hostigar a comunistas y socialcristianos, Acción Democrática se ensañó contra los adeptos de Medina Angarita a través de su organización ofi-

cial, el Partido Democrático Venezolano (PDV), y de las nuevas organizaciones que la Junta conceptuó como testaferros del medinismo.

Fue este el caso de Unión Republicana Democrática (URD) y de Jóvito Villalba, su líder máximo, cuyas intervenciones públicas fueron con frecuencia interferidas por brigadas *blancas* y censuradas por órganos del Gobierno, pues formaban parte de los asuntos y personas capaces de dañar al octubrismo.

Cuando los abusos se debieron a la militancia de AD, los desmanes se consumaron sin que el gobierno nacional, regional o local, fuese efectivo en ponerles coto, si bien *a posteriori* voces oficiales repudiaran lo ocurrido. El sabotaje de los mítines opositores alcanzó tal virulencia que Betancourt debió hacer pública en cadena nacional la posición del Gobierno:

No puede merecer sino la más categórica y definida condenación del gobierno el hecho de que a unos oradores de URD se les haya rechiflado en actos públicos. [...] si de la investigación que se realiza resulta que un funcionario público ha estado mezclado con algún grupo de los que ha estado hostigando a los oradores de URD será destituido automáticamente. (De-54)

Aciaga hora la de Betancourt, pues las investigaciones permitieron confirmar que tanto militantes de AD como funcionarios de la Gobernación habían dirigido el sabotaje del mitin urredista, incluido el corte del cable a los micrófonos y las amenazas contra los oradores. Honrando el compromiso adquirido públicamente, dos trabajadores de la Gobernación fueron destituidos inmortalizándose como los únicos sancionados del régimen de octubre; *chivos expiatorios* suele llamar la *real Politik* a los que dirigen —o se suman a— actos de sabotaje contra los oponentes.

En la práctica, ni destituciones ni reprimendas detuvieron los abusos. No había transcurrido mes y medio desde la contricción pública y las destituciones ejemplarizantes, cuando volvió a sabotearse un mitin de Copei en el Nuevo Circo en Caracas. Los eventos generaron conmoción nacional, pues desde un vehículo se disparó a la multitud ocasionando dos muertos, varios heridos y horror en la ciudadanía. Una vez consumados hecho y daño, la Gobernación del Distrito Federal hizo pública condena, recurriendo a una retórica tan o más tajante que la utilizada semanas antes por Betancourt. Mas al ejercicio retórico no siguieron, en esta ocasión ni ya nunca, ni la captura ni la condena de los culpables.

Esas inconsecuencias en el actuar y el decir terminaron validando el doble discurso del poder y el uso de métodos desleales para batir a los contendores. En realidad, todos, gobierno y oposición, actuaron conforme al mismo rasero,

convencidos como estaban de proceder según instruye la excepcionalidad instituyente y, por lo tanto, librados de toda culpa o contricción. Así transcurrieron las campañas electorales, entre zancadillas, excusadas por unos y otros ante la propia conciencia bajo el argumento de que abrían trocha a la República, poniéndola a resguardo de quienes eran bochorno de su estirpe.

4. CONTRAVIOLENCIA, ELECCIONES Y VENTAJISMO OFICIAL

Puede decirse que el *trienio* fue una eterna campaña electoral interrumpida por conatos sediciosos reales e intencionadas temidas, presupuestas, amplificadas como escenografía electoral, siempre hechas del dominio público ante los abrumados oyentes.

En promedio, cada tres meses se produjo alguna modalidad de contraviolencia que dio pie a movimientos de tropa, suspensión parcial de las garantías, detención de acusados y multitudinarias acciones de calle. Entre asonada y asonada se eligieron la Asamblea Nacional Constituyente, la Presidencia de la República, el Congreso, las Asambleas Legislativas y los Concejos Municipales.

De hecho, la mirada de conspiradores civiles y militares que arremetió tanto contra el régimen que presidió Betancourt como contra la presidencia de Rómulo Gallegos brindó al octubrismo los mejores argumentos para hacer aparecer como inevitables medidas que, en muchas ocasiones, no respondían a los imperativos de Estado, sino a las tácticas de Acción Democrática desde el poder, en un esfuerzo por instituir la frágil hegemonía de la que ese partido comenzaba a disfrutar.

En ese contexto, la estrategia merced a la cual los líderes de la revolución de octubre validaron el ventajismo de Estado fue diluir los límites entre *agenda oficial* y *agenda de partido*.

Así ocurrió en enero de 1946, luego de que la Junta había informado sobre el primer complot urdido en su contra. Con el argumento de brindar apoyo a la amenazada revolución de octubre, Acción Democrática organizó bajo su bandera múltiples concentraciones en respaldo al Gobierno. En Caracas, la convocatoria concentró en la plaza Urdaneta a setenta mil manifestantes que vitorearon a Rómulo Gallegos, Andrés Eloy Blanco y Luis Lander, líderes del partido, junto al mayor Carlos Delgado Chalbaud y al capitán Mario Vargas, miembros de la Junta octubrista. De este modo, se desdibujaron los lindes entre el Poder Ejecutivo y el Comité Ejecutivo Nacional (CEN) de AD. Estas movili-

zaciones pusieron al servicio del segundo los recursos materiales y la capacidad de convocatoria del primero, de forma que el partido gobernante pudo emerger con ventaja ante una sociedad en pleno proceso instituyente.

Acción Democrática no solo aprovechó las prerrogativas de ser poder cuando los amagos sediciosos se lo facilitaron, sino que en muchas otras ocasiones utilizó las ventajas que da el mando para consolidarse como organización y hegemonizar la vida política venezolana.

Sobre el tema, es oportuno hacer la aclaratoria de que tal conducta no suele deberse a la intención premeditada de desviar recursos del Estado hacia el partido o su militancia. No funciona de este modo. Ocurre más bien como consecuencia de una perniciosa práctica habitual en los procesos históricos instituyentes que, en este artículo, se ha definido como *hybrica*.

Entre otros asuntos, tal práctica presupone la convicción en dirigentes y dirigidos de protagonizar tiempos heroicos ante los cuales deben adquirirse compromisos también heroicos. Esta circunstancia abre camino hacia lo que puede llamarse la *excepcionalidad instituyente*, suerte de tiempo/espacio histórico que opera de acuerdo con principios distintos a los válidos en el tiempo/espacio que norma la sociedad instituida.

En períodos de excepcionalidad instituyente, líderes y militantes viven el proyecto político que abrazan como misión, a cuyo servicio deben subordinarse las demás esferas de la experiencia social: la vida propia, la profesión, la familia, las posesiones. Este clima de excepción desdibuja las fronteras entre la burocracia estatal y el voluntariado militante, de modo que los espacios, los programas y las actividades del gobierno son asumidos por voluntariosos adeptos anhelantes de cumplirle, anticipadamente, al glorioso destino que los espera.

La promiscuidad que entremezcla funcionarios públicos con militantes de partido sin preservar las obligadas distinciones contamina asimismo la utilización de los haberes. Locales, automóviles, dineros del Estado, concurren en un único *pote* junto a los recursos partidistas y las fortunas de improvisados mecenas, puestos todos a la orden del proceso instituyente que ora los invierte en asfalto y hospitales, ora los consume en mantener los voluntarios, ora los desvía hacia la propaganda de partido, ora los derrocha sin guardar ni distinguos ni facturas que rendirle al porvenir.

Mística, inexperiencia, ambición e *hybris*, aglutinan voluntades y patrimonios en las primeras fases de la excepcionalidad instituyente, mas la experiencia

enseña que, en el devenir, solo el erario público continúa aportando, mientras que el resto se concentra en medrar y envilecer persona y causa.

En el espacio/tiempo de excepción, poder y contrapoder pueden hallar adecuadas algunas conductas que en otros contextos serían reprochables, y hasta admitirían actuaciones que fuera de tales períodos se considerarían abusivas, conceptuando inevitables e incluso beneficiosos métodos que, en cualquier otra circunstancia, se tacharían de inadmisibles.

En tiempos de excepcionalidad instituyente se impone lo que podría llamarse una *ética de guerra*, mucho más lálbil que la ética de paz, pues quienes se disputan la hegemonía asumen como estrategias de guerra las desplegadas para acceder al imaginario y colonizarlo con las propias significaciones. Este fue el caso del *trienio*, en especial durante los veintiocho meses de la Junta cívico-militar liderada por Betancourt. Así, hubo ventajismo en la antesala de todos los grandes eventos que el octubrismo impulsó, en especial en las campañas electorales que incluyeron giras al interior del país:

El Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno y los miembros de la misma capitán Mario Vargas y doctor Edmundo Fernández, el ministro Luis Lander, don Rómulo Gallegos, los oficiales de la casa militar y demás miembros de la comitiva oficial llegaron a esta ciudad hace media hora [...]. Don Rómulo Gallegos, acompañado del doctor Luis Lander y de los señores Troconis Guerrero [director de *El País*] y Carlos Andrés Pérez [secretario privado de la Presidencia] hizo una visita a la casa local de su partido [...], los miembros del Gobierno Revolucionario y *sus acompañantes* fueron recibidos por una densa muchedumbre que les acompañó hasta la ciudad. La militancia del partido Acción Democrática preparó el recibimiento oficial del Sr. Rómulo Gallegos, Presidente de dicha organización. (APRB, *La Esfera*, 28/02/48; las cursivas son mías)

Presidente de Gobierno y Presidente de partido; ministros, miembros del CEN, prensa oficialista, no revueltos pero sí juntos en las comitivas que acompañaron al líder en su viaje al Táchira, ejemplo paradigmático de cómo opera la excepcionalidad instituyente.

Las giras, las alocuciones y las intervenciones muestran el itinerario del *trienio* octubrista. El primer viaje al interior, el de los Andes, tuvo lugar apenas dos meses después de consumado el golpe. El segundo periplo de giras se distribuyó entre marzo y septiembre de 1946, para cubrir la campaña por la Constituyente. El tercero, entre abril y agosto de 1947, para cubrir las elecciones presidenciales y los cuerpos deliberantes.

En todos los casos, el Gobierno y *sus acompañantes* hicieron uso de las prerrogativas que da el mando, al punto de que el entreverado de agenda oficial y agenda de partido resultó inocultable hasta para el propio Betancourt. El líder debió aceptar lo que no podía ocultarse: en plena campaña, Acción Democrática hacía de anfitrión, abultaba la tribuna y capitalizaba réditos en las giras oficiales del régimen:

Cuando salí en avión para Maracaibo, tuve una impresión desagradable; leí [...] la noticia de que esta concentración había sido organizada mediante invitación formulada a los distintos organismos políticos y económicos de Maracaibo por la organización política en cuyas filas milito, sin tener ahora responsabilidad de dirección, pero en la cual he puesto la más acendrada fe y mi mayor esperanza: el Partido Acción Democrática.

Conversé con los compañeros de Junta [...] para expresar en nombre de ellos, que no queremos que en ningún otro sitio de Venezuela se nos reciba mediante reuniones organizadas por partidos políticos con responsabilidades de Gobierno, y previa convocatoria a otras fuerzas políticas o económicas. (Di-47)

A pesar del buen propósito, en pueblos, caseríos y cuarteles, se continuó reproduciendo el atinado esquema que permitió a Betancourt rendir a la gente ante su palabra. Primero, llegada en caravana mixta de funcionariado oficial y miembros de partido. Luego, actos en honor a la alta investidura de los viajeros que incluyese la presencia de las glorias locales (el sacerdote, el maestro, el médico, el artista), acciondemocratistas del sitio y gente pobre. Luego, recorrido a pie por las callejas e improvisaciones de Betancourt en plazas y otros puntos emblemáticos. Todo, para brindar ocasión a los que asistían de ver, tocar, oler los cuerpos de quienes en el mismo acto devinieron mito: “nosotros venimos ante el pueblo sin vallas que nos separen de él, mezclados e integrados a la multitud, porque del Pueblo y del Ejército surgió esta Revolución de Octubre y el pueblo y el ejército la defienden” (Di/Al-81).

Lo que intento poner de relieve es el inmenso poder obtenido por Acción Democrática vía el efecto de iniciación. Al respecto téngase presente que fue de Betancourt la primera voz que las personas pudieron asociar a cuanto ocurría, el primer rostro y el primer líder a quien tuvieron ocasión de brindar respaldo o incluso repulsa; el caso es que pudieron hacerlo, por primera vez, cara a cara.

Según suele ocurrir con toda vivencia iniciática, esta tuvo impacto relevante sobre el modo como la colectividad integró la figura de Betancourt al imaginario. Las primeras vivencias se fijan en la memoria con el registro desmesurado

e imborrable de la emoción. De allí que el líder fuese favorecido por aquello que lleva a sobrestimar los eventos iniciáticos y las personas que ellos evocan por encima de otras privanzas.

Fue Betancourt. No solo él, pero ninguno como él, quien hizo buena la consigna de *ni un solo distrito, ni un solo municipio sin su organismo de partido*. Las giras presidenciales ayudaron a organizar a los lugareños y a entusiasmarlos con la idea de fundar casa. No lo hizo él directamente, pero dejó que otros lo hicieran, arrimados a su sombra, antes y después de que los automóviles llegasen a los caseríos, como aurigas de héroes, y que de ellos descendiesen él mismo y *sus acompañantes* para decir a los que allí moraban que ahora eran gobierno, porque los juramentados y Acción Democrática, el *partido del pueblo*, habían llegado por fin a Miraflores.

5. DEL CAUDILLO DECIMONÓNICO AL LÍDER MODERNO

Con el hombre entra la causa y, en la Venezuela del año 45, el hombre que acuñó la causa estaba apertrechado de un verbo lacerante y prolijo que marcó el modo como la mayoría de los venezolanos aprendieron a hacer política.

Huelga decir que importan otros asuntos amén de las dotes del líder. Nunca se trata ni solo ni principalmente de los dones de quien dice; interesan tanto o más quienes escuchan, interpretan, resemantizan lo que se dice. Importan los oyentes como individuos únicos y, a la vez, como *fragmentos ambulantes* de la sociedad que los instituyó al transferirles, entre otras cosas, una lengua.

En la Venezuela de 1945, sesenta de cada cien venezolanos no leían.⁷ Más complejo aún, no echaban de menos el hacerlo. Eran, por tanto, *oyentes óptimos* de quien quisiese hablarles, como de hecho quiso hablarles Rómulo Betancourt.

Súmese a lo apuntado que, en la experiencia de vida de las personas, contar y escuchar historias, dar y recibir consejos, impartir y acatar órdenes, prodigar y disfrutar afecto, son prácticas asociadas desde el nacer a jerarquías que nos hablan. Los padres, los adultos, los maestros son todos figuras de autoridad sobre quienes el individuo proyecta ambivalentes emociones: amor, temor, respeto, confianza, resentimiento, idolatría. Así, poder, palabra y emoción suelen presentarse enhebradas y confluyen en determinados individuos, tanto en la

⁷ Para información *in extenso* sobre diagnóstico y planes para el sector educación en el *trienio*, véase Ministerio de Educación Nacional (1947).

vida privada como en la social. Más aún en la política, y aún más en momentos de transformación histórica cuando los adeptos requieren de individuos reales con quienes consumir las rutinas psíquicas que abren paso al nexo líder-masa: identificación (*es como yo*), admiración (*es más que yo*), idealización (*es lo que no puedo ser*), atracción (*es lo que deseo poseer*), seducción (*es por quien deseo ser poseído*).

Entre otros factores, es factible suponer que, para el lapso en estudio, Rómulo Betancourt, Acción Democrática y el pueblo venezolano, resultaron ser expresión de lo que aquí se llamará un *sincronismo histórico*,⁸ vale decir, de un momento en el que las competencias, carencias, peculiaridades de cada entidad, sirven de cuña/muesca a la otra, poniendo en marcha una relación de poder donde los rasgos comunes cumplen la función mediadora decisiva entre dirigentes y dirigidos.

Para el caso que aquí se estudia, uno de esos rasgos fue la oralidad. Por ello, el discurso devino fluido carburante, lubricante, articulario de toda la práctica política que, a su vez y por efecto del proceso instituyente, resultó una de las prácticas colectivas dominantes entre los años 1945 y 1948.

Ello, debido en parte al proceso instituyente en sí, ya que la puesta en circulación de nuevas significaciones presupone el uso sistemático del discurso por boca de las distintas fuerzas en pugna. Los procesos instituyentes representan crismas, cimas y no mesetas en la historia de los pueblos, y son, por definición, exacerbados, incluyendo las prácticas verbales de carácter público. Pero también, debido al papel que Betancourt reconoció al discurso.⁹ Entre el 18 de octubre de 1945 y el 24 de noviembre de 1948, el líder se dirigió a la nación en cadena a través de la red nacional de radioemisoras en dieciséis ocasiones, quince como presidente de Junta y una fuera del Poder Ejecutivo, como presidente de Acción Democrática.

Aparte de las dieciséis alocuciones radiotransmitidas, en los treinta y siete meses del *trienio* Betancourt pronunció noventa y ocho discursos entre previstos e improvisados ante diversos auditorios; dictó dos conferencias; declaró

⁸ Aunque siguiendo desarrollos teóricos distintos, la noción de *sincronismo histórico* se ha inspirado en el concepto de *sincronicidad* desarrollado por Karl Jung en la psicología arquetipal (véase, por ejemplo, Jung, [1952] 2004).

⁹ Los datos sobre la actuación discursiva de Rómulo Betancourt en el lapso 1945-1948, así como su procesamiento y análisis, son parte de la investigación doctoral de la autora (Madriz, 2007). Se obtuvieron del estudio del Archivo personal de Rómulo Betancourt y de la hemerografía del período.

dieciséis veces ante reporteros internacionales; convocó siete ruedas de prensa extraordinarias para referirse, entre otros tópicos, a los complots abortados, al inicio de sesiones de la Asamblea Nacional Constituyente, al primer y tercer *cumplemés* de la revolución, a las campañas electorales, a las denuncias sobre torturas a detenidos políticos, amén de una rueda de prensa ordinaria montada mes a mes en Miraflores, mientras el líder tuvo allí despacho, y las declaraciones que prestó a diario sobre la cotidianidad del mandar.

Tres años. En ellos Rómulo Betancourt hizo diecisiete viajes, la mayoría de ellos giras: catorce al interior de la República y tres al extranjero. En territorio venezolano, recorrió dieciséis de los veinte estados de la República y pronunció discursos en más de sesenta locaciones, muchas de las cuales eran apenas caseríos.

Por su parte, los oyentes incluyeron auditorios disímiles, entre los que se contaron empresarios (7), gremios (2), trabajadores (4), élites ilustradas (7), Acción Democrática (8), oficialidad y tropa (10), gobiernos extranjeros o sus representantes (16), concentraciones de masa (46).

Cara a cara. La multitud vio cuarenta y seis veces al rétor, pipa entrelabios, sombrero que encajaba las ideas y un bulto en el bolsillo como confirmación de las habladurías: “el arma lo acompañará siempre desde que la tuvo que portar, permanentemente, después de la persecución implacable y de los atentados de que fue objeto durante la gestión López Contreras” (González Herrera, 1978, p. 72).

Coraje y plomos dispuestos para lo que hubiere menester. En el ínterin, el gusto por codearse con las gentes. Se escabullía de los escoltas para prestar oídos al cuchicheo de los que miraban atónitos la corporeidad del mando que les sonreía, los ojos que gobiernan prodigándoles guiños, la transpiración del poder vuelta agua bendita para quienes se sintieron rescatados del *ser nadie* e instituidos como personas:

El presidente y la comitiva, rodeados de gente, apresuraban el paso de los autos para seguir viaje. Sentí de pronto que me empujaban hacia atrás y se me adelantaban. Eran dos muchachas morenas, entre 14 y 16 años. Se pusieron detrás del presidente Betancourt [...]. Llevaban algo que le acercaron a la nuca. [...]. Me dejé ir hacia ellas. Una desplegaba el pañuelo y le decía a la otra, arrobada: “Sí, aquí lo tengo”. Mostraba la leve humedad del sudor recogido de esa manera subrepticia. (Liscano y Gottberg, 1978, s/p)

Igual, pero no igualado. No se venera al par sino al sublime.¹⁰ La mitificación del Otro requiere que se le perciba como inimitable, encarnación del *querer ser* lo que uno no es, y que se piensa que uno no podrá llegar a ser nunca. Venerar al Otro, afín en el origen, pero inalcanzable en la estatura que se le atribuye, es una suerte de venganza contra quienes se presume que sí son, tienen, disfrutan: “el pueblo ve en Betancourt una prolongación de su propia soberbia envalentonada y, al no hallarlo fatigando las crónicas sociales, dice con cierta retrechería y orgullo populachero: *Rómulo no se retrata en grupo*” (Liscano y Gottberg, 1978, s/p).

Betancourt no encarnaba el *deber ser* ajeno del uno mismo, internalizado desde el afuera como prescripción obligante, incluso persecutoria, sino el *querer ser* de un grueso número de venezolanos en 1945-1948. Él y el partido que forjó lo fueron a su vez de la multitud: espejo y espejismo de tantos, hasta ese instante objeto de ningún afecto, ningún reconocimiento, ninguna consideración:

Hizo que la comitiva se detuviera en un modestísimo negocio en pleno páramo andino. Cuando saludó a la dueña preguntándole por las sabrosas empanadas que ella hacía, un cliente que allí estaba, sacó del bolsillo una moneda de 5 bolívares y se la lanzó risueño a la propietaria: “Toma chica, me ganaste la apuesta”. La mujer había dicho: “Si Rómulo pasa por aquí, entra a comerse mis empanadas por más presidente que sea”. (*Ibidem*, s/p)

Comiendo en tugurios y desgastando calles construyó Betancourt la nueva *topografía del poder*. El líder disfrutaba conversar con los lugareños, apadrinar muchachos y deglutir manjares a pie de carretera. No fue un político de asfaltados; sabía manejarse en los caminos terrosos sin que las cloacas le malograsen las botas.

Había que mojarse. Había que ir a la montaña si se pretendía que la montaña, a la postre, viniese por sí sola a depositar los votos que Acción Democrática requería para arrasar en la Constituyente, jurar la nueva Carta Magna, y hacer de Rómulo Gallegos el primer mandatario de la segunda independencia.

Había que salir. Saltarse las tapias de Miraflores y colonizar el territorio despachando desde los zaguanes, dejándose ver y viendo con propia pupila cómo la *gloriosa Revolución de Octubre* echaba abajo el bahareque y ponía a tono los tractores del cambio. Había que meterse en los mercados y ver que los *hombres de la Revolución* no se embolsillasen los vueltos del presupuesto nacional al adquirir las cabillas con que se construirían los comedores obreros y las primeras casacunas de la patria.

¹⁰ “Se admira lo de los que están lejos, y lo que causa admiración es agradable” (Aristóteles, [335-322 a. C.] 1953, III-2, 1404b, 5, p. 181).

Había que ir a la montaña, y Betancourt fue y la conquistó. El 27 de octubre de 1946, su partido obtuvo el 78,4% de los votos que se emitieron, canjeables por ciento treinta y siete escaños en la Asamblea Nacional Constituyente, lo que implicó una aplastante mayoría. El 14 de diciembre de 1947, obtuvo el 70,8% de los votos que se emitieron, canjeables por ciento veintún escaños en el Congreso Nacional, lo que también implicó una aplastante mayoría. El mismo día, el 74,4% de los votantes eligió a Rómulo Gallegos como presidente de la República en las primeras elecciones realizadas en Venezuela con voto universal, directo y secreto.

Para mal y para bien, así se gobernó en el *trienio* blanco: con la mística, los bríos, la buena voluntad de quien estrena patria inaugurándola con la propia obra. Mas también con la avidez de quien no ha gobernado nunca y al fin llega, la petulancia de quien nunca ha tenido y al fin tiene, el egoísmo de quien ni sabe ni puede compartir, pues está ávido y de todos desconfía.

La población movilizada a lo largo del proceso instituyente era, por consuetudine histórico, inmadura. Era producto de severas condiciones de exclusión, y los excluidos emergen en la historia emponzoñados por el resentimiento, avasallando a los otros, a quienes solo pueden percibir como sus verdugos, destruyéndolo todo antes de poder edificar.

El *sincronismo histórico* dio a la multitud el líder que podía conmovérla, palabrearla, sacudirla, cooptarla, y atraerla hasta las bases de Acción Democrática que, así, llegó a tener cerca de quinientos mil inscritos¹¹ antes de iniciarse la crisis que la degolló. Muchos de esos inscritos pudieron estampar orgullosamente sus firmas en las blancas planillas de reclutamiento, pues las brigadas alfabetizadoras les habían hecho el milagro de enseñarles a escribir. Muchos esperaban aún, mas con el mismo orgullo estamparon su “X”, pues el *partido del pueblo* no hacía distinciones entre los conciudadanos. Supiesen o no supiesen las vocales, igual se les recibía en la casa del partido y se les convidaba a jugar dominó en la trastienda. Allí esperaban, sintiéndose parte de lo que importa por primera vez. Por primera vez, protagonistas de lo trascendente. Allí esperaron y recibieron el carnet del partido, que para casi todos fue el primer documento probatorio de su existencia, mucho antes de que obtuviesen una cédula de identidad. Esperaron y recibieron las instrucciones de cómo hacer en bien de la República y, de paso, acabar con los bribones que pretendían arrebatárles los créditos agrarios y el

¹¹ La cifra varía dependiendo de la fuente.

techo que el Estado ya estaba construyendo para ellos mismos, y para los hijos de sus hijos.

Importa hacer visible el punto. Betancourt ni idealizó ni subestimó al pueblo de Venezuela, por eso pudo dirigirlo. No se inventó las gentes que necesitaba, sino que puso afán en obtener lo mejor de las que tenía. Ya habría ocasión, erario y vitaminas para multiplicarles los talentos.

Betancourt valoró y, valorando, supo mover en las personas una polea de brío incalculable: la autoestima. Nada seduce al excluido como el orgullo: sentirse digno de ser llamado *digno*. Allí apuntó Rómulo Betancourt para invitar a los delfines de Simón Bolívar a que iniciaran junto a él la *segunda independencia de la patria*.

El discurso de Betancourt y el de los otros líderes de Acción Democrática comenzaron a tener impacto en la autoimagen colectiva, entre otras causas, porque el líder hizo pública su incondicionalidad: desnutrido, desdentado, mañoso, era su pueblo y no añoraba ningún otro. Era con este con el que modernizaría la República, aunque entre gloria y gloria hubiere que despiojar a la multitud.

Convencido de que los votos se ganan con la garganta y dejando los nudillos en las puertas, Betancourt vio, tocó y se formó un criterio que le permitiría conectarse con las gentes de un modo intransferible a partir del nexo individualizado, e individualizante, característico del caudillismo que el imaginario democrático resementizó. La relación es entre el adepto y el líder; el líder que bautizó los hijos y saboreó las empanadas hechas por las mujeres. El líder que recuerda el nombre propio de cada partidario y se interesa por la salud de la familia.

Betancourt supo capitalizar los réditos de dejarse ver, apersonarse en los humildes ranchos de la montaña, para que la montaña se apersonase luego en la *casa del pueblo* a intercambiar su “X” por el carnet del partido; en las juntas electorales a intercambiar su “X” por la cédula de votación; en los centros de escrutinio a intercambiar su voto por el título de propiedad sobre unas tierras, una casa, el orgullo de ser.

El nexo peculiar surgido entre Betancourt y el país de entonces pautó el modo como el líder fue integrado al imaginario político emergente. Este nexo lo asocia a varias marcas semánticas del imaginario caudillista, en aparente contradicción con el propio proyecto de Betancourt, quien empeñó el alma en la apuesta de fundar un partido desde donde regir la nación deslastrándose de la peste decimonónica de los caudillos.

Contradicción aparente, porque en el fondo no lo es y porque no hubiese podido ser de otra manera, dadas las características del proceso histórico venezolano. El país de 1930 no conocía otro modelo de relación entre dirigidos y dirigentes que no fuese el caudillismo y, en consecuencia, el nuevo imaginario debió pasar necesariamente por aquel, resemantizando las significaciones susceptibles de mutar, e integrándolas al nuevo contexto de significación. En la Venezuela de los años 40, al vínculo con el partido solo podía llegarse a través del vínculo con el hombre, y no de cualquier hombre. Se requería uno que portase las marcas semánticas del caudillo para que los adeptos pudiesen conectarse con él y, una vez sujetos, hiciesen el tránsito desde el nexo hombre/adeptos hasta el nexa partido/adeptos. Ese hombre fue Rómulo Betancourt.

6. *PATHOS* Y POLARIZACIÓN POLÍTICA EN EL IMAGINARIO DEMOCRÁTICO VENEZOLANO

Hablar sobre sí mismo fue una práctica recurrente y no accidental en Betancourt, pues la autorreferencia es un rasgo propio del discurso *hybrico*. Recuérdese que el sujeto en *hybris* está poseso; es presa y, por lo tanto, expresa la intensidad de sus emociones, la hondura de una convicción que siente incommensurable en el registro oceánico de su poder.

El sujeto en *hybris* no puede no decir, no comunicar a los otros el modo como lo rebozan sus sentimientos. Convencido como se halla de su verdad, piensa que su causa es irresistible, que no puede no adherírsela una vez que se la conoce, de modo que es deber y complacencia del sujeto en *hybris* el hacerla conocer a todos. Por ello, el discurso *hybrico* resulta con frecuencia hipnotizante: porque contagia la pasión de un credo fervorosamente adherido; porque transmite el corrientazo de una fe que conmina y contamina al sujeto mismo y a quienes escuchan con el vigor avasallante, adictivo, irrechazable, de los estados de éxtasis y su desmesura.

Así vivió Rómulo Betancourt el *Vendaval de Octubre* y así lo verbalizó, aunque hizo esfuerzos denodados por eludir la primera persona del singular en sus intervenciones, pues se sabía cabeza de un poder compartido con los militares. Aun siendo este el propósito explícito, en setenta y ocho de los noventa y tres textos enunciados durante la administración de la Junta octubrista (83,8% de las ocasiones), el rétor habló cuando menos una vez en primera persona del singular:

Una buena cooperación que pudiera prestar la prensa, sería la *de transcribir mis palabras*, que no son personales mías, sino expresión del criterio y del pensamiento unificado de la Junta, que hoy, como hace un año, mantiene sin ninguna clase de grietas su armonía y su unidad interna. (De-84; las cursivas son mías)

El líder habla desde la primera persona, aun para pluralizar la acción y el mando. Podría argüirse que no hay otra forma de hacerlo, puesto que es siempre un Yo quien habla, aunque hable a nombre de terceros o del colectivo del cual forma parte. El propio Betancourt muestra que no es el caso, pues el hablante siempre puede elegir el plural en vez de tematizar sobre sí mismo: “felicidad personal y orgullosa satisfacción del deber lealmente cumplido *deseamos* a todos los jefes, oficiales, clases y soldados de las fuerzas de tierra, mar y aire del Ejército Nacional” (In-40; las cursivas son mías).

Los ejemplos ilustran cómo –cuando debe hablarse en representación de un grupo– quien habla elige si enfoca o tematiza sobre el grupo o sobre sí mismo. Recuérdese que en el lenguaje, elegir no es necesariamente un acto voluntario. De hecho, la mayor parte de nuestras elecciones lingüísticas son automáticas. Ello permite al investigador suponer que lo enunciado puede indicar una vectorización inconsciente, ignorada por el hablante que, junto al hábito, orienta sus elecciones lingüísticas. Esto permite, asimismo, conjeturar que, en ocasiones, tal vectorización pueda hacer visible un significado distinto e incluso opuesto al pretendido en forma consciente por el hablante.

Así, en los noventa y tres textos betancourtianos es explícita la intención de tematizar el carácter colectivo del gobierno, la administración colegiada, la unión entre civiles y militares al decidir. Mas, con frecuencia, el rétor se zafó del anonimato impuesto a la propia voluntad por el conjunto.

Betancourt no toleró nunca diluirse del todo, negarse como núcleo centrípeto de sus causas aunque, por convicción, hubiese podido hallarlo justo y oportuno. Así, contraviniendo su propia filosofía política e incluso su deber ser personal, el líder no pudo eludir convertirse en egocentro de los órganos donde participó, incluida la Junta octubrista:

Desde que asumí la Presidencia de la Junta he demostrado cómo puede un ciudadano de extracción civil aceptar el mayor lote de responsabilidad dentro del Gobierno de la República sin enajenar su voluntad y su criterio a quienes tienen en sus manos la jefatura de los cuarteles. (Al-87)

Dilemas de Betancourt, confrontado en su doble condición de fragmento de la sociedad que había sido y enzima de la que coadyuvó a hacer ser. Así gobernó el líder, con un pie en cada acera, el año cuando cada cien años despierta un pueblo. Resultó ser el suyo quien despertó en 1936 y fue despezándose, voraz de alimento y jefatura, pues la desnutrición y los caudillos lo habían acostumbrado al mando fuerte.

Ambivalentes. Pendular el pueblo y pendular el hombre, oscilando entre el impulso de transformar/se y la compulsión a repetir. El pueblo, deseoso de acometer elecciones y fundar República, mas constreñido a elegir conforme al hábito prefiriendo cacique en consecuencia. El hombre, adverso a la gestión personalista, mas constreñido a focalizar sobre su persona, pues de otro modo no hubiese sido ni visto ni acatado, y a ensalzarse por efecto consustancial al *estado de poder*.

El estado de poder es inherente a la condición *hybrica* y hace mella en quienes lo viven, aun cuando estos deploran el engrimiento. De hecho, la inmodestia es la sombra del sujeto en *hybris*, el disgusto de su alma, la amenaza que arrincona su eticidad.

Así, el delirio omnipotente se cuele y es secuela del sujeto *hybrico*, incluido Rómulo Betancourt, a quien placía comandar hombres y ser gobierno. De allí que el líder sucumbiese con frecuencia al goce de identificarse como depositario del mando, como siendo *quien dirige*, aunque para ello debiese ser él mismo quien lo hiciese notar: “fui designado por mis compañeros de lucha y de ideales como su candidato para ejercer este honrosísimo cargo [el de la Presidencia], el más esclarecido que la República puede ofrecer a uno de sus hijos” (A1-87).

¿A propósito de cuáles otros asuntos habló Betancourt en primera persona del singular? El rétor apeló con frecuencia a tres repertorios temáticos. Primero, al anecdótico personal del cual, sin duda, se sentía orgulloso: “la pasión por las luchas sociales me frustró el doctorado en Ciencias Políticas; y la necesidad casi biológica de exponer el ideario del grupo político donde militaba y milito, me improvisó periodista de combate” (In-109). Segundo, a algunos rasgos de carácter que el líder se atribuyó: rectitud, honradez, tesón, disciplina, valentía, dignidad, sencillez. No se objeta eso, pues hay consenso en el sentido de que las citadas cualidades distinguieron en alguna medida a Rómulo Betancourt. Se pretende sí, mostrar el uso que el rétor hizo de aquellas al referirlas a su persona, pues el discurso laudatorio –sobre el Yo y más allá de él– reviste importancia notable para lo que aquí se discute:

Ni para llegar a la más alta posición dentro del Poder Ejecutivo ni para mantenerme en ella, he adoptado jamás actitud de calculado halago a los sectores militares del país. (In/Al-106)

Me siento orgulloso de ser periodista y de volver a ejercer mi oficio en cuanto cese mi mandato, el cual espero abandonar tan pobre como cuando hube de asumirlo. (De-63)

Tercero, el líder también apeló a sus emociones, tópico que marcó en forma indeleble su discurso y desempeño como presidente de la Junta octubrista:

Me he dejado llevar por la emoción, y lo que pensé que fueran dos o tres palabras, se transformaron en muchas. (Di-37)

“Con las manos estremecidas de emoción”, coloqué la banda tricolor de los Presidentes de Venezuela sobre el pecho de quien había sido, no solo mi profesor de Filosofía en las aulas del Liceo Caracas, sino también mi maestro de dignidad ciudadana. (Di/Al-121)

Estremecido de emoción gobernó entonces Rómulo Betancourt, conmocionado por la intensidad extática de sus sentimientos. El registro emocional del éxtasis es por definición superlativo y desborda a quien así se siente. Es tal su envergadura que el sujeto en éxtasis se ve rebozado, impelido a proyectar sobre los otros su propia conmoción ante aquello que vive como *la trascendencia* en sí. Por consiguiente, Rómulo Betancourt puso *afuera*, transfirió a los demás, a la obra, a los conciudadanos, a los otros integrantes de la Junta octubrista, su propio ímpetu por lo que consideró un momento irrepetible de la gesta americana.

Ello explica que casi todos los usos del plural en Betancourt resultasen *plurales fallidos*, vale decir, unidades de significación construidas discursivamente al conjugar desde personas distintas del *yo*, posiblemente de manera involuntaria. Con esto, Betancourt transfirió al *nosotros*, e incluso al *ellos*, el deseo, la expectativa, la emoción que en el líder inspiraba el ocurrir: “Esa etapa ha sido salvada [gobierno de facto], y por eso nos sentimos profundamente satisfechos de que se le pueda anunciar a toda Venezuela y a toda la faz del universo, que ya en nuestro país existe un régimen constitucional” (In-85).

Betancourt quería anunciar *a toda la faz del universo* lo cumplido, pues era ese el único auditorio equiparable en magnitud a la epopeya que él sentía que estaba protagonizando. Ese fue el registro emocional que el líder transfirió a todas las entidades semánticas (compañeros de Junta, patria, pueblo, enemigos,

obra) a propósito de las cuales comunicó mientras se mantuvo como presidente del Gobierno Provisional.

Téngase presente la diferencia decisiva a efectos de lo que se discute del uso dado a los verbos *transmitir* y *transferir*. El hablante se sirve del discurso para transmitir, poner en conocimiento, comunicar a otros sus emociones con relación a su experiencia íntima del mundo. El hablante se sirve del discurso para transferir, atribuir, proyectar, hacer extensivo, imputar a otros sus propios sentimientos, presuponiendo en los demás la misma tesitura psicoafectiva que a él lo conmueve. En el primer caso, el hablante mantiene las fronteras entre el *yo* y los otros. En el segundo, el hablante no mantiene esas fronteras; tampoco se fusiona o mimetiza con los otros. Por el contrario, fusiona o mimetiza a los otros con su *yo*: son los otros, y no el hablante, los subsumidos, los absorbidos e impregnados por la subjetividad de quien habla. De allí que resulte irrelevante qué pronombre empleó Betancourt en mayor medida (*yo, él, nosotros, ellos*): fueron siempre sus emociones las transmitidas/transferidas, pues estas le resultaban imposibles de refrenar.

El punto es decisivo, pues refiere a uno de los engranajes que posibilitaron el *sincronismo histórico* durante el lapso que se estudia. El tono emocional del discurso betancourtista hizo de polea y se articuló con el registro desmesurado, característico de los procesos instituyentes. En tales coyunturas, los cimientos imaginarios de la sociedad se sacuden y desplazan, como placas tectónicas, generando inevitables perturbaciones en quienes viven, a la vez como agentes y pacientes, la escala telúrica de tan honda metamorfosis.

La atmósfera psicoemotiva que acompaña la transformación de la sociedad en una *nueva/otra* exacerba el *pathos*¹² en sus miembros, los conecta con la dimensión irracional presente tanto en los modos de sentir ya instituidos como en los que surgen. Temor, incertidumbre, expectativa, euforia, desafuero. Tal es el caldo psicoafectivo que acompaña todo cambio instituyente que, por añadidura, suele tener uno o varios vórtices gravitacionales, centrípeto/centrífugos, desde y hacia donde se orientan la atracción y la repulsa colectivas.

Rómulo Betancourt y el partido Acción Democrática funcionaron como ese vórtice; fueron objeto de la *catexis pática*¹³ de la masa; resultaron molino, tur-

¹² “Son las pasiones aquello por lo que los hombres cambian y difieren para juzgar, y a las cuales les sigue pena y placer” (Aristóteles, [335-322 a. C.] 1953, II-1, 1378a, 20-25, p. 95).

¹³ Laplanche y Pontalis señalan: “la catexis hace que cierta energía psíquica se halle unida

bina que absorbió y expelió la corriente emocional circulante en aquel tumultuoso período, ofuscando corduras hasta apasionar incluso a los más aplomados.

En clima *pático*, individuos y masa no pueden no sentir como arrebatado lo que sea que el objeto de *catexis* inspira: odio, amor, ira, deseo. Se utiliza aquí *arrebatado* en dos de sus posibles sentidos: como intensidad hecatómbica y como expropiación. En ambos sentidos la pasión le viene de fuera al ser *pático*, se le impone, le causa furor y al mismo tiempo lo enajena.

Adviértase, a este respecto, que el nexo *pático* compromete por igual a la muchedumbre y al líder. A la muchedumbre, pues esta resulta cambiada por la emoción que en ella instala el sujeto *hybrico*. Al líder, reo del ideal que lo enceguece y modificado también desde fuera por el fervor de la masa, pues la admiración desmedida tiende a crear dependencia en quienes se saben destino de tan hondo apasionamiento.

El clima *pático* no es solo producto del tejido que entrama al sujeto en *hybris* con sus seguidores. Se requiere que el resto de la sociedad concurra, participe de la sinmesura *pática*, y genere un flujo de contracorriente, un flujo de polaridad opuesta equiparable a aquel que enyunta líder y multitud. Betancourt lo sabía y sobre ello disertó en muchas ocasiones: “olvidan [algunas personas] cómo no registra la historia un solo caso de una casta política feudal y absolutista, poderosa económicamente y habituada al mando sin control durante decenios, que haya aceptado con resignada serenidad su desplazamiento del Poder” (In-113). Así era, pues en los procesos instituyentes no solo se pugna por la transformación del imaginario social en la lucha por la hegemonía: se decide quién controlará el poder y cómo habrá de distribuirse la riqueza.

El clima *pático* es, por tanto, inevitable en procesos de tal envergadura e involucra al menos dos ejes de flujo psicosocial en tensión. El primero une líder y multitud y halla su fuerza en la avidez: del líder por redimir, de la multitud por ser redimida; del líder por preocuparse, de la multitud por ser su desvelo; del líder por prodigar ventura, de la multitud por asirse a la ilusión. Debido a su peculiar estatuto, la avidez que es dinamismo de este eje resulta insaciable. Se satisface la escasez material merced al abasto de lo que corresponde, mas no ocurre de la misma

a una representación o grupo de representaciones, una parte del cuerpo, un objeto, etcétera”. Dicho de otro modo, la *catexis* es el proceso merced al cual las personas establecen nexos psicoafectivos con la realidad exterior amando, odiando, temiendo las cosas, personas, objetos que componen esa realidad.

forma con esta otra instancia, intangible, de déficit. Se alude aquí a la condición del *ser en carencia*, sin arraigo en el sí mismo, descreído de la propia volición.

Esa cualidad de inopia, incubada en países como la Venezuela de 1945 por lustros de maltratos al cuerpo, a la autoimagen, a la pertenencia del mayor número social, impone secuelas a una población que así deviene ora irascible ora inamovible, recelosa siempre, que solo halla espita en la convicción de estar autorizada a desquitarse y a merecer —en desagravio— comenzar a recibir. Se comprende, entonces, que el eje líder/multitud hostigue y segregue a quienes no sucumben en primera instancia al apasionamiento.

El segundo flujo afecta a los ahora excluidos quienes son a su vez conculcados, poseídos por la sinmesura de la ira y el terror *páticos* que en ellos instalan el reacomodo social del imaginario, el poder, la riqueza. Tal reacomodo se vive como expropiación y duelo, como pérdida de algo invaluable, de privilegios tangibles, aunque solo lo es en verdad en las elites. Para la mayoría de quienes componen este segundo sujeto en multitud lo que aterra e indigna perder es la ilusión, la ilusión de la posibilidad.

De allí que la valencia de la emoción que conculca amor, odio, ira, temor, endiosamiento, sea irrelevante a efectos de lo que se discute. Es la irracional desmesura del *pathos* colectivo lo que resulta típico en los procesos instituyentes, y lo que compromete la alternativa de que estos se vivan de forma menos ofuscada.

En este marco, el lenguaje es *locus*, herramienta, consecuencia del clima *pático*. Las palabras brindan moldura a la inmoldeable emoción que arrastra tanto al sujeto en *hybris* como a los sujetos en multitud lo sea esta de adeptos o desafectos a aquel quien para todos hace de vórtice.¹⁴

Así se vivió el gobierno octubrista y en él, el tono exacerbado del discurso público fue combustible de alto octanaje, al margen de lo que en muchas ocasiones fue explícito deseo de quienes peroraron, comenzando por el propio Rómulo Betancourt:

Si bien es respetable el derecho de la oposición a criticar y de algún sector de la prensa a deformar, y hasta a mentir, también lo es el nuestro, como hombres de

¹⁴ “El estilo será patético si cuando hay ultraje se habla enojado; y si ha habido cosas impías y torpes, se habla con indignación y reticencia; y si sobre algo que merece elogios, con admiración; y si sobre algo lamentable, con humildad; y de modo semejante en los demás casos [...] el oyente experimenta las mismas pasiones que el que habla con patetismo, aunque diga una nadería” (Aristóteles, [335-322 a. C.] 1953, III-7, 1408a, 20, p. 192).

Gobierno, de salirle de vez en cuando al frente a ciertas campañas desorientadoras de la opinión pública. Lo haré utilizando un lenguaje sereno, sin agresivas asperezas contra nadie, poseído de la convicción de que no cuadra[n] al gobernante los desplantes airados. (Al-94)

Airados desplantes que, sin embargo, utilizó el líder en otras ocasiones para alertar sobre peligros o repeler las demandas de quienes pedían oxigenar los mandos octubristas *blanqueados* por la presencia abrumadora de militantes de Acción Democrática:

[Una cosa es] practicar la tolerancia y empeñarse en que se realice la concordia nacional, y otra admitir la tesis que anda por allí de creación de un gobierno de “concertación nacional”, que no significaría otra cosa sino la pasividad ante la táctica del “Caballo de Troya”, aceptándose que el enemigo pueda infiltrarse en los cuadros del gobierno para sabotear desde dentro la labor de la Revolución.

Nosotros, practicando la tolerancia aplicamos las lecciones de la historia, y por eso, mientras estemos en el gobierno, las puertas de los Ministerios estarán cerradas para quienes en posiciones de comando del régimen derrocado contribuyeron a que Venezuela se hundiera en un tremedal. (Di-48)

Ambivalencias de Betancourt, que hoy ofrecen concordia y mañana tildan de saboteadores a los aliados potenciales, predichos de antemano sabandijas prestas a carcomer las entrañas de la naciente República. Esta disociación en el discurso que contrapuso lo dicho hoy a lo afirmado ayer fue persistente en lo que atañe al tópico de los adversarios políticos, animando incluso conductas extremas en quienes la interpretaron como solapada conminatoria a acabar sin pruritos con los amenazantes *enemigos*. El discurso ambivalente abre espacio a la sinrazón del fanatismo, pues el fanático cree poder librarse de la rabia que lo encona librándose del objeto que la inspira.

Se alude aquí a procesos psicosociales que encuentran apoyo en el discurso dual. Así, por ejemplo, exhortos a la concordia, seguidos de acres insultos contra aquellos con quienes en teoría debiese concordarse; ofertas de conciliación para unos adversarios de inmediato descritos como gentes de no fiar, zancadilleros maleados por el odio hacia la causa que los invita. El fanático, entonces, se afina en lo que lee como salvoconducto para destruir el mal destruyendo a quien, según el discurso ambivalente, lo encarna o representa.

El discurso ambivalente contaminó incluso, aunque en contadas ocasiones, el tópico del *consenso de clases*, fundacional del imaginario democrático venezolano. Conciliar obreros y patronos fue objetivo mayor en el proyecto octubrista y a su

logro se dirigieron acciones en diversos frentes. El arbitraje por una comisión tripartita de todos los conflictos laborales para evitar que estos condujesen a huelgas, protestas de calle o cierre de fábricas; la creación de un Consejo Nacional de Economía con participación del capital y el trabajo; la compra por parte del Estado de tierras baldías a particulares para redistribuir en la reforma agraria; el aumento general de salarios y su congelación posterior; todas acciones que Betancourt articuló a un consistente discurso de consenso interclasista:

Nosotros no venimos a fomentar artificialmente una guerra civil entre los factores de la producción; creemos que los problemas obrero patronales bien pueden ser resueltos con espíritu de equidad, cuando hay un Ejecutivo interesado en la vigencia de esa equidad. (In-25)

El tema se abordó como tópico central o asociado en setenta y seis de los noventa y tres textos betancourtianos que corresponden al *trienio*, casi siempre para favorecer la conciliación de clases y condenar todo asalto a la propiedad privada en fábricas, haciendas, tierras baldías. Además, en este caso, sí hubo consistencia en la política de Estado para contener la violencia: no se permitieron saqueos, invasiones o cierre de industrias, y no hubo lenidad con quienes amagaron, lo hicieran estos dirigidos por comunistas o en forma espontánea.

Con todo, hubo sobre ese tema notables y no tan infrecuentes excepciones de discurso oficial ambivalente, aun del propio Betancourt:

En lo económico-administrativo, la orientación de este gobierno será fundamentalmente la de humanizar la gestión de la cosa pública, la de preocuparnos más de la gente que de los animales y de las cosas; la de enseñarle a los hacendados ricos, con el texto de la ley como cartilla silabeable, así como cuidan de que la garrapata no malogre sus vacas Holstein, o su reproductor Cebú, asimismo deben cuidar la vida y la salud de los peones a su servicio y de los hijos de esos peones. (Al-32)

Un símil confuso que predispone contra unos *hacendados ricos*, más preocupados por el ganado que por la peonada, y a favor de un gobierno que ofreció humanizar y hacer justicia a quienes esa noche escucharon, a través de *La Voz del Táchira* y en cadena nacional, a Rómulo Betancourt prometer. Se estaba en elecciones y urgía amarrar los votos que permitiesen a Acción Democrática seguir mandando para poder exterminar, en chozas y potreros, las garrapatas que malograban sin distinción el porvenir de reses y peones.

Se estaba en elecciones, y Betancourt era el líder de mejor espuela para oponer a quienes no querían convencerse: en Venezuela había habido mucho más que

“solo un cambio de hombres en el timón del Estado” (Al-26). En Venezuela se había forzado por las armas una revolución y era menester que Acción Democrática, el *partido del pueblo*, abrumase en los comicios para acallar tanta habladería y proceder sin rémora a la dignificación del gentilicio que, desde los tiempos de Simón Bolívar, no había vuelto a parir gallo que le hiciese el honor.

7. PATHOS, DÁDIVA E IMAGINARIO DEMOCRÁTICO

Así como Betancourt creyó no haber hablado nunca desde la primera persona del singular aunque el análisis de su discurso haya mostrado lo contrario, asimismo destacó muchas veces como uno de los grandes logros de su gobierno el haber superado el personalismo en la política venezolana, sustituyéndolo por el ejercicio institucionalizado del poder:

La sofística literatura de encargo de los teóricos de las autocracias acuñó el dogma de que en el trópico turbulento el Poder se expresaba fatalmente con nombre y apellido propios, y siempre en función de un hombre, signado de atributos providenciales.

La historia de Venezuela parecía confirmar esa aberración sociológica, con el discurrir [...] de nuestras periódicas insurgencias de montoneras, bautizadas una y otra vez con el sugerente rótulo de “revoluciones”. Todas habían desembocado en un nuevo caudillismo, usufructuado por un hombre armado, en provecho suyo y de su clan político.

Pero advino Octubre y [nadie podría desconocer] cómo el tradicional concepto de mando autocrático ha devenido impersonal función de gobierno [...]. (In-113)

Todas habían desembocado en un nuevo caudillismo, usufructuado por un hombre armado, en provecho suyo y de su clan político. Para desgracia del propio líder y, como cree haberse hecho visible, el *trienio* octubrista desembocó en algo no igual pero sí afín.

Rómulo Betancourt resultó ser el *hombre* del *nuevo caudillismo*, no armado él pero sí la elite castrense que gobernó con él en la Junta cívico-militar y, ganadas las elecciones, con Rómulo Gallegos, pues este mantuvo en el Ministerio de Defensa a Carlos Delgado Chalbaud, en el Alto Mando General, a Marcos Pérez Jiménez, y en los ministerios y gobernaciones a los líderes accióndemocratas que fueron cabeza civil del golpe de Estado. Las personas que sacaron por las armas del poder a Medina Angarita terminaron contaminando lo actuado con la marca resemantizada del caudillismo y el asiento cívico-militar del poder,

aunque el doble carácter no lo encarnase en esta ocasión un único sujeto sino un órgano colegiado como de hecho lo fue la Junta provisoria.

Por esa vía, tanto en el imaginario como en los demás ámbitos de la experiencia social, el hombre *fuerte* decimonónico fue sustituido por el partido y el gobierno *fuertes*, entre otras razones, porque no se produjo ruptura entre el hecho de fuerza que dio origen al movimiento de octubre y los sucesivos hechos de ley que intentaron legitimarlo.

Así, Acción Democrática fungió de *clan político*, ampliado, masificado, organizado como estructura partidista, pero clan a fin de cuentas. Recuérdese que el partido de Betancourt nació en la lucha clandestina contra López Contreras y fue por tanto heredero de las virtudes consustanciales al modelo del partido de cuadros que concibió Lenin —alta mística y espíritu de sacrificio en sus miembros, capacidad de respuesta, formación ideopolítica de la militancia, disciplina y cohesión de aparato—, mas también de sus deletéreos efectos: sectarismo, dirección jerárquica centralizada, intolerancia al disenso, prepotencia, avasallamiento del oponente, compadrazgo al gobernar.

Los constreñimientos históricos emplomaron el ala al proyecto de octubre cuando la gestión de Estado se enhebró con la acción de partido, la cual, a su vez, se centró en la persona de Rómulo Betancourt, devenido este vórtice imaginario y fáctico del poder.

El resentimiento y la necesidad incubados en una población por lustros confinada a severas penurias, junto a la inmadurez de una elite política impaciente por hacerle justicia ahora que podía acuñarse futuro con los dólares de la renta petrolera, arrojan pistas de cómo y por qué el octubrismo, en su deseo de ceñir la historia a la horma de su andar, terminó enredado en sus propias trenzas.

Conminados a obtener votos en subsecuentes oleadas electorales sin haber consolidado un proyecto, *los hombres de la Revolución* optaron por ofrecer/prometer a la población beneficios *tangibles* en forma continuada, eligiendo además entregarlos personalmente a cada uno de los favorecidos. Esta personalización del nexo gobernante-gobernado merced a la modalidad distributiva tuvo sobre ambos polos un impacto trascendente. Sobre los gobernados, pues en el acto de entrega recibieron, junto al bien tangible, la intangible ventura de ser tomados en cuenta por el poder en persona. Sobre los gobernantes, quienes capitalizaron así el privilegio de administrar en su provecho la ilusión.

Por esa vía, cada gobernado comenzó a abrigar el íntimo deseo de ser distinguido con la dádiva. En los casos en los que tal cosa finalmente tuvo efecto, el beneficiado y sus afectos contrajeron eterna deuda de lealtad hacia quien lo había provisto. Cuando no, la expectativa de resultar favorecido en el futuro se mantuvo en todos los potenciales receptores merced al sagaz uso que los accióndemocratistas dieron a la promesa.

En los primeros tres meses del Gobierno provisorio, por ejemplo, la Junta decretó la creación de casas cunas y jardines de infancia en los barrios de la capital, rescató máquinas de coser que estaban empeñadas, entregó cobijas en Miraflores, y juguetes a miles de escolares. En ese período, Rómulo Betancourt y sus *acompañantes* entregaron a las personas, fogonazos de justicia que en parte mitigaron y en parte encandilaron, incluso en los más recelosos, el piélagos de necesidades que eran sus vidas.

Cobijas, máquinas de coser, juguetes, parcelas de terreno entregadas a quienes, hasta entonces, del poder solo habían recibido chaparrazos. Así, lo que debió instituirse como la rutinaria administración de los recursos de un Estado próspero merced a la alta renta petrolera, durante el *trienio*, se desarrolló como una práctica opaca, enrarecida por la lucha hegemónica y vuelta estrategia electoral con arreglo a las peculiares características de los gobernantes, los gobernados, y el proceso instituyente en sí.

Constreñimientos y *sincronismo histórico* hicieron que Rómulo Betancourt y sus *acompañantes* no fuesen socialmente aprehendidos como funcionarios públicos que administraban los recursos del Estado redistribuyéndolos con base en el ejercicio impersonal del poder, sino como una suerte de padrinos más o menos dispendiosos que llegaban a los caseríos bautizando infantes, inaugurando cloacas, y ofreciendo pertenencia a quienes desde entonces internalizaron una de las significaciones nucleares del imaginario democrático venezolano: el sometimiento por gratitud.

El vínculo que conectó a Rómulo Betancourt con el grueso de los venezolanos de entonces combinó así el interés crematístico fundado en las carencias materiales del colectivo con otro de origen simbólico, menos transparente, asociado al agradecimiento que los beneficiados comenzaron a profesar hacia quien funcionó para ellos como dispensador de la dádiva.

Si no se parte del doble estatuto que es constitutivo de la dádiva, del complejo y no siempre aprehensible mundo de necesidades a las que esta atien-

de, no puede comprenderse por qué —aunque muchas promesas no llegaron a cumplirse en términos fácticos— el pueblo concurrió masivamente a votar por los candidatos accióndemocratistas en tres ocasiones.

Ello fue así, porque la dádiva no acaba en el bien o servicio que se concede o deja de otorgarse. La dádiva no es solo la cosa sino el modo de relación que la cosa encarna. La dádiva atiende, junto a los aspectos materiales, a los aspectos psicoafectivos del *ser en carencia* que no pasan por el registro de lo material. La dádiva es nexo, abrazo, atajo y atadura, que unen el líder a la multitud permitiéndole a este administrar para ella el inagotable reservorio de la esperanza, la posibilidad.

Betancourt lo sabía y, reo de sus contradicciones, se debatió a diario entre el estadista que aspiraba a ser y el político que de hecho era. El archivo personal del líder brinda testimonio de cómo en ocasiones dominó el estadista:

[A: Señora Aurora de Rodríguez. El Guarataro. Ciudad. De: R. B., Miraflores]
He leído su carta donde me expone su situación económica. [...]. De inmediato no puedo solucionar su problema. Pero como este gobierno del pueblo sí se preocupa por aliviar la angustiada situación de los hogares con bajos ingresos y larga familia que se encuentren en desamparo, estamos organizando rápidamente un servicio de asistencia social. Una señorita visitará su casa dentro de algunos días. Estudiará con usted la forma de contribución del Estado para que su situación mejore en forma permanente. Estoy seguro de que a la larga esta disposición será más favorable a los venezolanos empobrecidos, que las tradicionales dádivas de dineros públicos que, a su nombre y para ganar simpatías personales, hacían otros gobernantes. (APRB, T-VI, C-7, Co-E, D-573)

La carta confirma que, al menos en los albores del gobierno, Betancourt evitó la asignación directa, personalizada de ayudas económicas desde la Presidencia de la República. Lo mismo debe decirse sobre el tráfico de influencias en la asignación de cargos:

Más de uno ha interpretado que la revolución fue hecha para que los enchufistas de ayer sean sustituidos por *los enchufistas de hoy*. Por nuestra parte, queremos, y es una decisión irrevocable que no acarrea desprestigio personal sino tranquilidad de conciencia, no convertir esta oficina donde transitoriamente despachamos en agencia de colocaciones. (APRB, *El País*, 08/11/45; las cursivas son mías)

Rómulo Betancourt hizo publicar esta y muchas otras comunicaciones *privadas* en la primera plana de los periódicos, pues, en el marco de la lucha por la hegemonía, no aplican las sagradas escrituras que ordenan no permitir a la manozquierda conocer los actos nobles consumados por la derecha.

Recuérdese, se estaba en elecciones y a Betancourt urgía lo contrario de lo requerido por Cristo a los apóstoles. Era imperioso hacer saber a almas y espíritus de la República los milagros de concreto armado que el Gobierno construía en su cruzada hacia la modernización del gentilicio:

Un error indiscutible cometido por nuestro gobierno es el de que hemos pasado al otro extremo en materia de propaganda [...]. El régimen depuesto el 18 de octubre destinaba enormes cantidades de dinero para hacerse una publicidad espectacular y sistemática; nosotros hemos caído en una actitud radicalmente opuesta. (In-96)

Así lo dijo Betancourt en 1947. Luego de año y medio en el poder, el clima ahogaba, pues un coro de inclementes opositores hacía difícil la segunda independencia a Betancourt, dedicados como estaban a maldecirlo por lo que denunciaron como un fiasco de gobierno.

En justicia, aquello era la mitad de la verdad, como también lo era la otra de la que se ufanaban los octubristas, empecinados unos en cerrar los ojos para nada reconocer y, los otros, en dejarse cegar por los fulgores de lo en efecto actuado.

Junto al hipercriticismo no siempre responsable de unos oponentes que hallaron causa en los errores de juicio, acción y omisión, cometidos por los acciondemocratistas, deben tenerse presentes las ávidas demandas de los conciudadanos, aupadas por Rómulo Betancourt y por el *partido del pueblo*, y luego vueltas letales cuchillos en su contra.

No sacia lo justo cuando se ha vivido en estado de privación. La falta de lo indispensable, tangible e intangible, incuba al *ser en carencia* que se conduce por lo mismo como un sujeto voraz, incapacitado de sentir plenitud aun cuando se provea de lo que en primera instancia requiere. El mayor daño de quienes así han crecido es vivenciar en forma sostenida la condición de inopia, el estado de nunca tener, el sistema de violencia continuada contra el cuerpo, la ética, el autorespeto. Tal condición funge de estigma y hace déficit en quienes por lo dicho son irrefrenables en sus demandas, pues estas enraízan en carestías que exigen generaciones para sanar.

Así era el pueblo del cual Acción Democrática se autoproclamó partido en 1941. A ese pueblo prometió Betancourt vestido y tres comidas, vivienda y herramientas, aperos y aguinaldos, antes de que una infancia bien alimentada hubiese podido instruir sus apetitos en los pupitres que también Betancourt prometió; antes de que los ya crecidos hubiesen podido convalecer, en los am-

bulatorios por inaugurarse, de la avitaminosis nutricional y ética que la pobreza aloja en la persona y en la sociedad que desde el hambre la instituye.

A ese pueblo entregó Acción Democrática los útiles escolares y los títulos de propiedad sobre una parte ínfima de los ejidos patrios, a unos parceleros que con la misma mano y sobre la misma mesa consignaron su voto a los mismos hombres que días atrás los habían provisto con la dádiva.

Total, se vivían tiempos de excepcionalidad instituyente y lo indebido era echar mano al presupuesto para el propio provecho. Nada prohibía distribuir entre las gentes las regalías que los hidrocarburos dejaban a la nación, en la manera como estas mejor sirviesen a los intereses del pueblo que los acciondemocratistas conceptuaban idénticos a los de su partido.

Súmese a lo asentado la falencia ética de unas elites, o bien cebadas en el hábito de merecer por la única circunstancia de ya poseer, o bien decididas a verle el follaje a tanta estaca puesta a pegar desde las cárceles de Gómez y los exilios de López Contreras. Todas las elites, desplazadas o emergentes, perseguían por tanto el mando y eran, como el pueblo, insaciables en los privilegios que exigían a quienes ahora gobernaban.

Por su inestimable valor historiográfico, se transcriben dos de las múltiples cartas enviadas a Rómulo Betancourt mientras ejerció la Presidencia de la Junta cívico-militar, muestra del complejo núcleo de significaciones que se instituyeron como parte del imaginario democrático en el país:

[Para: R. B., Caracas. De: Rafael Ángel Castillo. Solicitando su intervención para comprar el hato “El Piñal” que fue expropiado por el Banco Agrícola y Pecuario.]

En remota ocasión me fue muy útil recomendación suya para Roca y Noel, de Aracataca, y como no se hace el bien una sola vez, ahora necesito que interponga su influencia para convertirme en propietario rural (no me atrevo a decir latifundista). Propietario que sabrá hacer honor a su recomendación. (OJO, el solicitante quiere comprar la hacienda, no que se la concedan; ofrece sin embargo pagar un precio por debajo de lo originalmente tasado). (APRB, T-VI, C-7, Co-E, D-572)

[Para: R. B., Caracas. De: Isaura Saavedra A.]

Hace 4 meses exigí a usted un empleo para mi hermano Álvaro, el día que nos honró a las representantes de Acción Democrática con un almuerzo, su respuesta franca y presta fue: “con gusto la ayudaré. Envieme un memorándum por intermedio de mi secretario Pérez”. Así lo hice y al cabo de varios días de no tener aviso, visité a Pérez, quien amablemente me ofreció colocarlo en el abastecimiento. (APRB, T-VI, C-8, Co-F, D-684)

El documento n.º 24, tomo VII, Carpeta 1, Complemento A del Archivo Personal de Rómulo Betancourt (APRB), testimonia que *en el abastecimiento* figuraban, en marzo-abril de 1948, ciento ochenta y tres ayudas económicas para viviendas, pensiones, entre otras, concedidas en ese lapso a diversos solicitantes quienes por esa vía terminaron convertidos en los *enchufistas de hoy*.

Se estaba en elecciones, en tiempos de *excepcionalidad instituyente* y, encima, todos estaban acoquinados por el *runrún* de los cuarteles y las blasfemias de la prensa y de los rivales. Se estaba en elecciones, de modo que la templanza de los espíritus quedó para después de que los conciudadanos elevasen a Rómulo Gallegos hasta la Presidencia de la República. Fue justicia en opinión de los accióndemocratistas, pues *Pueblo y Ejército unidos* habían hecho aquella revolución para su propia gloria y, ya que el pueblo no pasaba aún por los pupitres, era honra y derecho del *partido del pueblo* ejercer en su nombre los poderes.

8. LA CONSTRUCCIÓN DE *EL PUEBLO* EN EL IMAGINARIO DEMOCRÁTICO VENEZOLANO

Así quedó establecida la identidad de Rómulo Betancourt junto a la de Acción Democrática, líder y partido indisociables, simbióticos, mellizos. Así quedaron, sujetos en una misma significación nuclear. La otra, omnipresente, contrapeso simbólico de esta, fue *el pueblo*.

En rigor, el imaginario democrático venezolano se construyó como una nebulosa de significaciones referidas todas ellas a un único sol semántico, polisémico, que fue *el pueblo*. Solo con el líder-partido compartió este su centralidad. De hecho, fueron las prácticas discursivas del primero, masivamente comunicadas, las que dieron existencia imaginaria al segundo.

Huelga decir que la población vivía, actuaba, combatía en Venezuela antes y al margen de que Rómulo Betancourt, Acción Democrática y sus agrios contendores elaborasen *el pueblo* como sol y eje del imaginario político emergente. Mas, el proceso que le dio vida, la práctica social que creó y a la postre instituyó un modelo interpretativo, un modo de valorar, una identidad para ese pueblo, fue el debate público, el discurso una y mil veces confrontado en la lucha por la consolidación de un nuevo bloque hegemónico en el país.

La identidad así construida de *el soberano* resultó una madeja no siempre bien hilada y en esencia contradictoria. Los hablantes –en especial el líder y su organización política– asociaron el vocablo *pueblo* a un repertorio disímil

de sentidos que, a la postre, terminó denotando una entidad ambivalente que lucía ora amenazada, ora amenazante; se comportaba ora como cíclope, ora como eunuco; trascendía en la historia ora como liberada, ora como libertadora. Los únicos rasgos unívocos de identidad que el discurso betancourtiano junto al de sus oponentes y seguidores convino en atribuir al pueblo fueron los de codiciado elector y expectante destinatario de la dádiva.

No se olvide, la dádiva amarra el voto al trascender la cosa. Más allá de la cosa está la deferencia; el ser amado, vengado, resarcido con la oferta de una vida *otra* que el discurso de Betancourt vaticinó memorable. Por consiguiente, fue en la deferencia tanto como en los bienes donde se ancló, inamovible, la gratitud.

No se tome por ingenuo el argumento. Es obvio y así se destaca el mensurable peso de lo material. Se quiere, sí, llamar la atención sobre el inmensurable peso de lo inmaterial, pues solo desde esta lectura puede explicarse la acorazada adhesión del grueso de los venezolanos al Presidente de la Junta provisoria, mantenida incólume hasta los últimos días del *trienio*, a pesar de los errores fatales en el que incurrieron líder y partido. No hay dominio más eficiente que el fundado al recibir lo que, por su cualidad o valor trascendente, no se puede retribuir a quien dispensa.

Una vez que *advino Octubre*, ese fue el carácter del vínculo que engranó al pueblo con el líder-partido en el imaginario democrático venezolano. Sobre tal proceso, difícil de aprehender y más aún de protagonizar, también fue explícita la ambivalencia en Betancourt, quien dejó múltiples testimonios, vía la negación retórica, sobre sus contradicciones: “nosotros, al proceder en esta forma, [construyendo escuelas] no creemos que estamos conquistando el derecho a que se nos admire: estamos simplemente cumpliendo con un deber ciudadano” (Di-48).

El líder muestra que estaba al tanto de lo que ocurría. No lo quería, pero lo necesitaba para arrasar en los comicios. Alertó sobre ello, mas no lo impidió, cegado en la avidez *hybrica* de inmortalizarse al redimir.

De esa manera, la identidad del pueblo así constituida estuvo determinada entonces por el papel de *benefactor* que el líder atribuyó en su discurso a sí mismo, a su gobierno, a su organización política. De hecho, entre las múltiples funciones que un dirigente desempeña como gobernante, la de *proveedor* fue recurrentemente enfatizada en los textos bajo estudio.

Rómulo Betancourt, Acción Democrática y la Junta provisoria fueron inscritos en el imaginario como entidades conexas a significaciones que los mostraban omnipotentes, plantados en Miraflores y dueños del poder, mas siempre unidos a la multitud: lo justo para que esta pudiese, a un mismo tiempo, tutearlos como a un padrino y reverenciarlos como a un dios. No importó que la figura fuese terrena o divina. Importó que pudiese apertrechar. Y ambos, padrinos y dioses, apertrechan con igual dispendio.

La excepcionalidad instituyente, los constreñimientos del lapso que se estudia, el sincronismo y sus engranes junto a un hombre y una organización política en *hybris*, hicieron que las señas de identidad atribuidas al soberano mutasen y transmutasen sin dar ocasión a digerir en qué lo convertían.

Corrido el tiempo, el pueblo fue cada vez menos heroico caudal de los molinos de la historia y, cada vez más, entusiasta aspirante a los dispendios de la dádiva. Por esta, el soberano encadenó su porvenir al de Acción Democrática en tres procesos electorales consecutivos. Por esta, la muchedumbre se aletargó con el perfume narcotizante de la promesa. Por esta, las mayorías pernoctaron ante el despacho de Carlos Andrés Pérez, secretario del Poder, a la espera de ingresar *en el abastecimiento*.

9. NINGÚN RÓMULO

Cuando Rómulo Betancourt colocó la banda a Rómulo Gallegos, ya se habían elaborado y circulaban socialmente con profusión las ideas-fuerza del imaginario democrático venezolano que dieron estatura al movimiento octubrista, mas también a los vicios que hicieron posible su desplome. La toma de posesión tuvo lugar el 15 de febrero de 1948; seguidores y oponentes le brindaron en principio oportunidad al nuevo Presidente, visto el talante con que este la solicitó:

Considero que la oposición —ojo despierto y lengua suelta para que ninguno de mis errores se le escapen y ninguna de mis contradicciones sean encubiertas— será el mejor colaborador de mi gobierno, pues podré advertir a tiempo el yerro en que esté incurriendo y sin tardanza ratificar mi empeño de gobernar a Venezuela para el efectivo bien de ella. (Congreso de la República, 1991, vol. LXXIV, D-1, p. 57 [SXX, T-74, D-1: 57])

No se haga nadie a sí mismo el agravio de malgastar la hora de la fe, que es el más hermoso de los movimientos del corazón humano, en las mezquindades de la malicia para desconfiar de la sinceridad de las palabras que acaba de oír. (*Idem*, vol. LXXIV, p. 16 [SXX, T-74: 16])

Rómulo Gallegos llegó a Miraflores convencido de que podría regresar la milicia a los cuarteles y confinarla allí, sin prerrogativa a inmiscuirse o imponer condiciones, como si los militares fuesen personajes de sus novelas.¹⁵

No hay mayor tragedia para un gobernante que brindar, con cargo a los propios desatinos, causa a la ambición para imponerse y, el 20 de noviembre de 1948, en medio de un país caotizado, los militares presentaron un ultimátum al presidente Gallegos.

Rómulo Betancourt, corrido en siete plazas, estuvo conforme en convenirlo todo, incluida su propia salida al extranjero, con tal de preservar lo que consideraba la más pulcra democracia de América. Gallegos, sin embargo, rechazó el ultimátum por creerlo indigno de esa misma democracia, recorrió los cuarteles reprendiendo a la tropa como si se tratase de los alumnos del Liceo Caracas y se fue a almorzar con doña Teotiste, su mujer. Cuatro días después estaba derrocado. Por los constreñimientos aquí vistos, y porque fue un prestado a la *real Politik* que eligió no hacerse a sí mismo el agravio de malgastar la hora de su fe.

Betancourt se refugió en la Embajada de Colombia de donde salió rumbo a La Habana, el 23 de enero de 1949. Se fue con la familia, con nada en los bolsillos y con la convicción de que volverían “al poder indefectiblemente, ineluctablemente, pero a través de una acción perseverante y organizada, y no entregándonos a una especie de conspirativismo al menudeo” (APRB, T-VI, C-5, D-419).

Hubo acción perseverante y organizada, mas hubo también *conspirativismo al menudeo*, pues, desde entonces, ni Betancourt ni el resto de la República se desencantaron de las charreteras.

Nueve años después, un 23 de enero en 1958, *Pueblo y Ejército unidos* volvieron a llevar la democracia y a Rómulo Betancourt hasta Miraflores.

Allí pernocta, armada como siempre, desde entonces.

¹⁵ Relata Luis Beltrán Prieto Figueroa: “En una ocasión, cuando hablé con el Presidente para expresarle mi inquietud por la gravedad de la situación, Gallegos me dijo: ‘deja a los militares de mi cuenta que yo soy un hombre acostumbrado a manejar personajes’. Le respondí: ‘Acuérdese, que los personajes suyos son de novelas y estos militares son de carne y hueso’ (1976, p. 62).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARISTÓTELES. ([335-322 a. C.] 1953). *Retórica*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- BOLÍVAR, A. (1995). Una metodología para el análisis interaccional del texto escrito. *Boletín de Lingüística*, 9, 1-18.
- BOLÍVAR, A. (2005). *Discurso e interacción en el texto escrito*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CDCH) de la Universidad Central de Venezuela (UCV).
- CASTORIADIS, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. 1. *Marxismo y teoría revolucionaria*. Barcelona: Tusquets.
- CASTORIADIS, C. (1988). *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- CASTORIADIS, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. 2. *El imaginario y la institución*. Barcelona: Tusquets.
- CONGRESO DE LA REPÚBLICA. (1991). *Pensamiento político venezolano del siglo XX. Documentos para su estudio. Gobierno y época del presidente Rómulo Gallegos*. Caracas: Congreso de la República, Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador, tomo X, vols. LVIII al LXXXII, n.ºs 74-98.
- FAIRCLOUGH, N. (2003). El análisis crítico del discurso como método para la investigación en ciencias sociales. En R. Wodak y M. Meyer (eds.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, (179-204). Barcelona: Gedisa.
- GONZALEZ HERRERA, L. (1978). *Rómulo en Berna*, tomo I. Caracas: Centauro.
- GRAMSCI, A. (1977). *Pasado y presente*. Barcelona: Granica Editor.
- GRAMSCI, A. ([1975] 1984). *Cuadernos de la cárcel*, tomos I al VI. México, DF: Era.
- HALLIDAY, M. A. K. (1986). *El lenguaje como semiótica social*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- JAEGER, W. ([1933-1945] 1957). *Paideia*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- JUNG, C. G. ([1952] 2004). *Obras completas*, vol. 8. *La dinámica de lo inconsciente*. Madrid: Trotta.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. (1983). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- LISCANO, J. y GOTTBORG, C. (1978). *Multimagen de Rómulo: vida y acción de Rómulo Betancourt en gráficas*. Caracas: Orbeca.
- MADRIZ, M. F. (2007). *La institución del imaginario político de la sociedad democrática venezolana (1941-1948)*. Tesis doctoral en Historia, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL. (1947). *Memoria 1946*. Caracas: Imprenta Nacional.
- PRIETO FIGUEROA, L. B. (1976). *Conversaciones con Luis Beltrán Prieto Figueroa*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.

- VAN DIJK, T. A. (2003). La multidisciplinaridad del análisis crítico del discurso: un alegato a favor de la diversidad. En R. Wodak y M. Meyer (eds.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, (143-177). Barcelona: Gedisa.
- WILLIAMS, R. (1977). *Marxism and literature*. Oxford: Oxford University Press.

DISCURSOS, ENTREVISTAS, DECLARACIONES DE RÓMULO BETANCOURT

- Al-24a: Alocución de R. B. radiodifundida el 19/10/1945 a todo el país. En SXX, T-50, D-2: 9-11.
- Al-26: Alocución de R. B. del 30/10/1945 radiodifundida a todo el país. (APRB, T-VI: C-7, D-559, Co-D).
- Al-32: Alocución de R. B. del 14/12/1945 radiodifundida a todo el país. (APRB, T-VI: C-7, Co-D, D-565).
- Al-87: Mensaje de R. B. a la Asamblea Nacional Constituyente del 20/01/1947. (APRB, He-46/2: 214-216).
- Al-94: Mensaje de R. B. del 30/04/1947 radiodifundido al país, *El Universal*, 01/05/1947.
- De-54: Rueda de prensa de R. B. del 13/04/1946. (APRB, He-46/1: 235).
- De-63: Declaraciones de R. B. del 21/07/1946. *Información*, La Habana, 23/07/1946. En SXX, T-51, D-156: 291.
- De-84: Rueda de prensa de R. B. del 14/12/1946. (APRB, He-46/2: 166).
- Di-37: Discurso de R. B. el 16/12/1945 en la Guarnición de Pregonero. (APRB, TVI: C-6, Co-D, D-565).
- Di-47: Discurso de R. B. del 09/03/1946, en la plaza Baralt de Maracaibo. (APRB, He-46/1: 82).
- Di-48: Discurso de R. B. del 10/03/1946, en la zona petrolera de Cabimas. (APRB, He-46/1: 102).
- Di/Al-81: Discurso de R. B. del 18/10/1946 en la plaza Urdaneta de Caracas. (APRB, T-VI: C-7, D-582).
- Di/Al-121: Discurso de R. B. del 24/05/1948. En SXX, T-88, D-504: 319.
- En-27: Entrevista concedida por R. B. a la periodista Ana Mercedes Pérez el 03/11/1945. (APRB, He-45: 218).
- In-25: Intervención de R. B. del 22/10/1945. (APRB, He-45: 28).
- In-40: Intervención de R. B. para las Fuerzas Armadas de la Nación, s/f. (APRB, T-VI, C-7, Co-D, D-566).
- In-85: Intervención de R. B. del 17/12/1946. (APRB, He-46/2: 176).

- In-96: Intervención de R. B. del 10/05/1947. En SXX, T-51, D-164: 337.
- In-109: Intervención de R. B. del 24/10/1947. (APRB, T-VI: C-8, Co-F, Doc-41).
- In-113: Intervención de R. B. del 12/02/1948. (APRB, TVII: C-1, D-8-B, Co-A-I).
- In/Al-106: Intervención de R. B. del 1912/1947. (APRB, T-VI: C-8, Co-F, D-703).
- No-28: Nota autógrafa de R. B. a *El País* del 17/11/1945. (APRB, He-45: 422, 423).

HEMEROGRAFÍA

- APRB, “Cronología del presidente Betancourt”, *La Esfera*, 28/02/1948, pp. 15-16.
- APRB, “Los Ministros y los Presidentes del Estado seguirán escogiendo su personal”, *El País*, 08/11/1945.
- APRB, “Rueda de prensa fue celebrada ayer en Miraflores”, *El País*, 22/10/1945.
- APRB, H-I, 95: “El Ministro explica el criterio del gobierno provisional sobre publicaciones periodísticas”, *El País*, 28/10/1945.
- APRB, H-IV, 13: “Declaraciones del presidente de Guárico”, *El País*, 10/08/1946.
- APRB, He-I, 477: “Escandalosas irregularidades descubiertas en el sindicato autobusero”, *El País*, 02/12/1945.
- APRB, He-II, 213: “Las informaciones oficiales deben darse a todos los periódicos”, *Últimas Noticias*, 03/11/1945.
- APRB, He-II, 338: “*El Tiempo* sanguijuela del tesoro público”, *El País*, 10/11/1945.
- APRB, He-III, 224: “El Copei rompe con la Junta Revolucionaria”, *El Universal*, 15/04/1946.
- APRB, T-VI, C- 5, D-419: “Mensaje de Rómulo Betancourt al pueblo venezolano”, *El combatiente*, 04/02/1949
- APRB, T-VI, C-7, Co-E, D-572. *Carta para R. B. de Rafael Ángel Castillo*, 05/08/1946.
- APRB, T-VI, C-7, Co-E, D-573: Carta de R. B. a Aurora de Rodríguez, El Guarataro, 11/02/1946.
- APRB, T-VI, C-8, Co-F, D-684. *Carta para R. B. de Isaura Saavedra A.*, Caracas, 06/07/1947.